JORGE SIMMEL

FILOSOFIA DE LA COQUETERIA

FILOSOFIA DE LA MODA

LO MASCULINO Y LO FEMENINO

Revista de Occidente
MADRID

FILOSOFIA DE LA COQUETERIA
Y OTROS ENSAYOS

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

5317202555

Digitized by Google

JORGE SIMMEL

FILOSOFIA DE LA COQUETERIA
FILOSOFIA DE LA MODA
LO MASCULINO Y LO FEMENINO

QUINTA EDICION

DONACION
J.L. PINILLOS

Revista de Occidente
Bárbara de Braganza, 12
Madrid

Digitized by Google

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid - 1945

b 16881989

i 29417041

Imp. Viuda de Galo Sáez. Mesón de Paños, 6. Madrid.

Digitized by Google

FILOSOFIA DE LA COQUETERIA

Esencia de la coquetería.

DECÍA Platón que el amor es un estado intermedio entre poseer y no poseer. Esta definición, empero, no penetra en lo profundo de la esencia amorosa y toca solamente a un aspecto de su manifestación externa. En efecto, excluye ese amor que dice: ¿qué te importa a ti que yo te ame?, y sólo puede referirse por lo tanto a ese otro amor que, en el instante de satisfacer su anhelo, muere. Situado a la mitad del camino entre el no poseer y el poseer, agotando su esencia en el movimiento hacia la posesión, el amor, cuando ha logrado «poseer» no puede ya ser el mismo que antes,

Digitized by Google

no puede ya ser amor, sino que convierte el caudal de sus energías en goce o acaso en tedio. Mas esta consecuencia del amor, considerado como anhelo de posesión, no excluye la posibilidad de que el amor resucite en el instante mismo de extinguirse, quedando así como encuadrado en una rítmica alternancia, cuyas cesuras son justamente los momentos de plena satisfacción. Pero cuando el amor arraiga en las regiones más profundas del alma, entonces esa alternancia de posesión y no posesión representa solamente la forma de su exteriorización superficial. La esencia del amor—el deseo no es más que apariencia manifestadora—no se anula cuando el amor se sacia.

Pero sea cual fuere el sentido del afán posesivo; ya denote el elemento definitivo del amor o sirva tan sólo para acentuar el ritmo ondulante que se cierne sobre ese elemento definitivo, es el caso que cuando el objeto es una mujer y el sujeto un hombre, el afán de posesión se desarrolla sobre el hecho psíquico característico del «agra-

Digitized by Google

do». El «agrado» es la fuente en donde se alimentarán la posesión y la no posesión, si han de convertirse para nosotros en placer o dolor, en deseo o temor. Pero aquí, como en otros muchos casos, la relación de dependencia entre el poseer y el estimar puede establecerse también en sentido contrario. La importancia y valor que atribuímos a la posesión o no posesión de un objeto no depende solamente de que este objeto nos agrade; puede también suceder que si, por una u otra causa, se destacan con insistencia e importancia para nosotros la posesión o no posesión de tal o cual objeto, este objeto entonces nos produzca por eso mismo agrado. Así el precio que pagamos por una mercancía no está determinado solamente por el atractivo que la cosa ejerce sobre nosotros; también ocurre en muchísimos casos que el precio exigido, la imposibilidad de obtener la cosa gratis, la necesidad de adquirirla mediante sacrificio y esfuerzo, la hacen atractiva y deseable. Esta desviación psicológica es la que da a las relaciones en-

Digitized by Google

tre el hombre y la mujer la forma típica de la coquetería.

La coqueta «quiere agradar». Pero, en sí mismo, este afán de agradar no imprime a la conducta de la coqueta su sello característico. Identificar la coquetería con el «afán de agradar» sería confundir el medio adecuado para cierto fin con el deseo de conseguir ese fin. Una mujer puede, para agradar, emplear cuantos recursos se le ocurran, desde los más sutiles estímulos espirituales hasta las más insistentes exhibiciones: no por esto, sin embargo, habremos de clasificarla entre las coquetas. Porque lo propio y peculiar de la coquetería consiste en producir el agrado y el deseo por medio de una antítesis y síntesis típicas, ofreciéndose y negándose simultánea o sucesivamente, diciendo sí y no «como desde lejos», por símbolos e insinuaciones, dándose sin darse, o, para expresarnos en términos platónicos, manteniendo contrapuestas la posesión y la no posesión, aunque haciéndolas sentir ambas en un solo acto. En la actitud de la co-

Digitized by Google

queta percibe el hombre yuxtapuestas y compenetradas dos posibilidades: la de ganar y la de no ganar. Esta es, empero, la esencia misma del «precio» y esto es lo que —merced a esa desviación psicológica que convierte el aprecio en un epígono del precio— hace que esa ganancia aparezca como valiosa y deseable. La esencia de la coquetería, expresándonos con paradójica brevedad, es la siguiente: donde el amor existe, existe también, bien en su fundamento, bien en su superficie, la posesión y la no posesión; por lo tanto, donde exista la posesión y la no posesión —aunque no sea en la forma de la realidad, sino en la del juego— existirá también el amor o al menos algo que ocupa el lugar de éste.

Formas de la coquetería.

Aplicaré esta interpretación de la coquetería primero a algunos hechos de la experiencia. Es característica de la coquetería,

Digitized by Google

en su forma más trivial, la mirada por el rabillo del ojo, con la cabeza medio vuelta. Hay en esta actitud un apartamiento mezclado al mismo tiempo con una como efímera entrega; la atención dijérase que por un momento se dirige hacia el otro y, sin embargo, en ese mismo momento, se desvía simbólicamente por la dirección opuesta del cuerpo y de la cabeza. Ese modo de mirar no puede persistir fisiológicamente más de unos segundos, de suerte que al empezar a ser, prepara ya, por decirlo así, como algo inevitable, su cesación y muerte. Tiene el encanto de lo clandestino, de lo furtivo, de lo que no puede durar largo tiempo y en que por lo mismo el sí y el no se mezclan inseparables. La mirada plena, de frente, por muy íntima y anhelante que sea, no tiene nunca ese matiz específico de la coquetería.

A esta misma región de la coquetería pertenece el movimiento ondulatorio de las caderas, el andar contoneándose; no sólo porque ese movimiento acentúa por modo

Digitized by Google

instintivo las partes más atractivas del cuerpo, desde el punto de vista sexual, conservando sin embargo la necesaria distancia y reserva, sino también porque esa manera de caminar nos presenta la imagen del ritmo alternado con que se suceden la oferta y la negativa. En esa simultaneidad de las alusiones al sí y al no, hay una modificación técnica, que se da cuando la coquetería trasciende de los movimientos y expresión del sujeto. La coquetería gusta a veces de entretenerse con objetos que se hallan por decirlo así allende la persona: perros, flores, niños. En efecto; esto significa por una parte que la coqueta se desvía de aquel a quien va el juego dirigido y por otra que le hace patente el valor inestimable de su entrega. En otros términos, la coqueta dice: «no eres tú el que me interesas, sino estas cosas: flores, perro, que están aquí»; pero al mismo tiempo dice también: «este es un juego que yo represento, pues si me ocupo de estas cosas es por interés hacia ti».

Si queremos fijar en conceptos las formas

Digitized by Google

más distintas de esta coquetería, hallamos una triple síntesis: la coqueta aduladora que parece decir: tú, sin duda, eres capaz de conquistarme, pero yo no quiero dejarme conquistar; la coqueta despreciativa, que parece decir: gustosa me dejaría yo conquistar, pero tú no eres capaz de ello; la coqueta provocativa que parece decir: quizás puedas tú conquistarme, quizás no; prueba a ver.

Este movimiento entre la posesión y la no posesión, o dicho de otro modo, la simbólica compenetración de ambas, culmina netamente en el caso de que la mujer se dirija a un hombre que no es el que ella tiene en el pensamiento. No se trata aquí de la brutal sencillez de los celos. Estos pertenecen a otra región, y cuando se trata de darles suelta para transformar en pasión el deseo, ya no sirve la forma de la coquetería. La coquetería tiene que hacer sentir, a la persona a quien va dirigida, el juego fácil entre el sí y el no, la negativa, que pudiera bien ser un rodeo para llegar a la en-

Digitized by Google

trega o la entrega aparente, que pudiera bien ocultar en su seno, como posibilidad y amenaza, una recogida o una negativa final. Pero la coquetería termina cuando ha recaído una decisión definitiva; y la máxima maestría en el arte de ser coqueta consiste en llevar el juego lo más cerca posible de una resolución definitiva, sin caer empero en ella y dejando siempre indecisa la cuestión. Cuando la mujer coquetea «*con*» un hombre para, de este modo, coquetear con otro, que es el que realmente ella tiene en el pensamiento, queda bien manifiesto el sentido profundo y característico que reside en la doble significación de la palabra «*con*», que por una parte designa el instrumento y por la otra el correlato de una relación. Dijérase que *no es posible* convertir a un hombre en simple medio, sin establecer a la vez una reacción y una relación recíprocas.

Digitized by Google

La ocultación y la coquetería.

Por último, hay un hecho, de sentido primeramente físico, pero también luego espiritual, en donde se muestra inmediata esa fusión del *sí* y del no, con que se adereza la coquetería. Me refiero al hecho de «cubrirse a medias», por el cual entiendo todos los casos—externos como internos—en que la entrega, la exhibición es interrumpida por una parcial ocultación y negativa, de suerte que el todo es representado en la fantasía con mayor insistencia, y resulta entonces que a consecuencia de la oposición entre esa imagen de la fantasía y la realidad incompletamente manifiesta, el deseo de la totalidad se hace tanto más consciente e intenso. Es curioso advertir cómo la evolución histórica de la ocultación del cuerpo manifiesta a las claras ese motivo de la simultánea oferta y negativa. La etnología actual considera como seguro que la ocul-

Digitized by Google

tación de ciertas partes del cuerpo—como el vestido en general—no tiene primitivamente la menor relación con el sentimiento del pudor y más bien sirve para satisfacer la necesidad de adorno y obedece para la intención de producir por la ocultación un estímulo de carácter sexual. En pueblos que andan desnudos sucede que sólo las enamoradas se visten. Los cinturones y delantalillos que llenan el cometido de la hoja de parra son muchas veces tan exiguos y de tal modo dispuestos que su fin no puede ser la ocultación como tal. Deben responder a otros propósitos. ¿Cuáles? Hay un fenómeno que nos los revela. En casos numerosísimos esos cinturones y delantalillos están pintados de colores y adornados con adornos muy llamativos. Claramente se comprende que su fin es *atraer la atención* sobre esas partes. La supuesta ocultación es, pues, primitivamente un adorno, con la doble función que tiene todo adorno, a saber: primero, llamar la atención, dirigir hacia lo adornado un interés superior y luego también

Digitized by Google

presentar lo adornado como algo lleno de encantos y de valor, algo que *merece* la atención prestada. Inevitablemente, empero, ese adorno, como todo adorno corporal, no puede realizar su función si no es encubriendo. En virtud, pues, de esta coincidencia, la forma primitiva del vestido es ya una forma de coquetería. La negativa, la ocultación, se funde aquí en un solo y mismo acto con la acción llamativa y el ofrecimiento. Al adornarse una persona en totalidad o en parte, encubre y oculta lo adornado; pero al encubrirse y ocultarse, llama la atención sobre sí y sobre sus encantos. Hay en esto, por decirlo así, una necesidad óptica que en el primer estadio de la indumentaria establece ya la simultaneidad del sí y el no, fórmula de la coquetería.

Y profundizando todavía más, podemos decir que el dualismo de esta conducta no es sino la manifestación o técnica empírica con que se realiza una actitud que en el fondo es perfectamente uniforme. Más tarde estudiaré en qué consiste la esencia de

Digitized by Google

esta unidad. Por de pronto, y partiendo de ella, me limitaré a sacar la conclusión de que esa coexistencia del *sí* y del no, no ha de ser una rígida yuxtaposición, sino una oscilación viviente, un mutuo ofrecerse la primacía, en íntima compenetración. Si esto no se consigue, entonces la semi-ocultación no llega a tener sentido de coquetería y se convierte en una contradicción desagradable. Sobre estas bases encuentra solución el complicado problema estético-psicológico de por qué la actitud de la Venus medicea es para muchas sensibilidades insoportable. Cubrirse con las manos es enteramente inadecuado para lo que Venus quiere conseguir. En realidad la estatua está desnuda y la ocultación esbozada resulta, por decirlo así, una adición inorgánica; no se compone en unidad íntima con la desnudez general, y no organiza la oscilación viviente entre el dar y el negar, que es la esencia de toda coquetería. La causa, o quizá también el efecto, es que esa figura se sale de la esfera del arte para penetrar en la de la reali-

Digitized by Google

dad. No es ya la imagen artística de una mujer que mediante un ademán de ocultación coquetea con un ser ideal situado en el mismo espacio ideal que ella. En realidad, al verla, tenemos la sensación de que está coqueteando con el espectador verdadero que la contempla; y nos parece que la estatua representa una escena real—sólo que la mujer es de mármol en vez de ser de carne y hueso. Ahora bien, para el espectador real, la diosa *no está* de hecho cubierta—aunque para el espectador ideal podría estarlo merced al simbolismo qne rige en la esfera pura del arte, esfera no respetada en este caso, y así resulta que en su ademán el ofrecimiento y la negativa carecen de unidad, y los momentos polares de la coquetería quedan separados en dos distintas esferas, separación que anula su sentido, es decir, produce desagrado en vez de placer.

En el terreno de la semi-ocultación *espiritual*, hay un caso de coquetería de los más típicos. Consiste en enunciar algo que

Digitized by Google

no es propiamente aquello a que la mente se refiere: como, por ejemplo, sucede en la paradoja, cuya sinceridad siempre es dudosa, o en la amenaza en broma o en el propio rebajamiento del *fishing for compliments*. El encanto de estas maneras de manifestarse está siempre determinado por la oscilación de la sinceridad entre el *sí* y el no. El que oye o lee no sabe si lo que oye o lee expresa la verdad del que habla o lo contrario. De suerte que el sujeto de esta clase de coquetería se sale de la realidad tangible y se incluye en una categoría vacilante y volandera, la cual, sin duda, contiene la esencia propia del que habla, pero no la manifiesta con suficiente claridad. Hay una escala gradual de tales formas, desde la afirmación hecha totalmente en serio, aunque acompañada de una leve autoironía, hasta la paradoja enorme o la modestia exagerada, que nos deja sin saber si el que habla se burla de nosotros o de *sí* mismo. Cada uno de esos grados puede entrar al servicio de la coquetería, tanto de

Digitized by Google

la masculina como de la femenina; porque el sujeto, semi-oculto tras su manifestación verbal, nos sumerge en un sentimiento dualista que consiste en que casi al mismo tiempo parece ofrecérsenos y escapársenos de las manos.

La libertad y la dominación de la mujer.

Por todo cuanto venimos diciendo, parece que la coquetería, conducta conscientemente dualista, contradice por completo la «índole unitaria» de la mujer, carácter que, comprendido de uno u otro modo, interpretado con más o menos profundidad, siempre constituye el tema fundamental de toda psicología femenina. Cuando las almas masculina y femenina son percibidas en contraposición de esencias, suele decirse que la mujer es por naturaleza más centralizada y tiene sus impulsos y pensamientos más estrechamente ordenados en torno a uno o a pocos puntos, a partir de los cuales es fácil

Digitized by Google

excitarlos; mientras que el hombre, más diferenciado, se entrega a intereses y ocupaciones que fluyen más independientes por su objetividad definida y por la división del trabajo, que los mantiene separados del núcleo central e íntimo de la persona. Pero se irá viendo con claridad creciente que aquel dualismo no está contradicho por la índole peculiar de la mujer y que la coquetería establece entre la mujer y el hombre una relación que realiza una especial síntesis de sus elementos decisivos; porque justamente la relación de la mujer con el hombre, considerada en su sentido específico e incomparable, se agota en la concesión y la negativa. Existen, sin duda, entre los sexos otras muchas clases de relaciones: amistad, enemistad, comunidad de intereses y mutuo apoyo moral, solidaridad bajo una misma égida religiosa o social, cooperación para fines objetivos o familiares. Pero estas clases de relaciones, o son de índole universal humana y pueden existir en lo esencial entre personas del mismo sexo, o están deter-

Digitized by Google

minadas por algún punto—real o ideal—situado fuera de los sujetos mismos y de la línea que inmediatamente los une, y por lo tanto no forman entre ellos una acción mutua tan pura y exclusiva como la forman las negativas y la concesión—entendiendo éstas, naturalmente en el más amplio sentido, que comprende todos los contenidos internos y externos—*. Concederse y negarse, he aquí lo que las mujeres pueden hacer plenamente, lo que sólo ellas pueden hacer con plenitud. Por esta razón es por lo que se ha querido muchas veces explicar el hecho de la coquetería, refiriéndolo al antiquísimo fenómeno—sin duda muy incierto en su difusión—del «robo nupcial».

* En las investigaciones sobre la relación entre los sexos, en toda su amplitud, es casi inevitable, por evidentes motivos psicológicos, que las expresiones evoquen sobre todo sus significados más groseros. Pero cuando hablamos aquí de concesión y goce, de sí y de no, estos términos indican las formas generales de esa relación, formas que se llenan con los contenidos más altos como con los más ínfimos, en el sentido estético y moral. Estas diferencias extremas de valor no pueden impedir que el estudio meramente psicológico considere esas categorías formales como por igual eficaces.

Digitized by Google

Hoy todavía, en muy distintas partes del globo—por ejemplo entre los tungusos, los neozelandeses y algunas tribus de beduínos—, es costumbre que la novia se resista al novio con todas sus fuerzas y no se entregue sino tras una lucha violenta. Aquí sin duda encontramos, aunque en forma brutal, los elementos de la coquetería. Pero al variar el criterio, parece que esos elementos varían también de signo y se hacen negativos; las novias salvajes se resisten, pero se entregan, mientras que la coqueta no se resiste, pero no se entrega tampoco. La actitud de los sexos en el acto de negarse o entregarse es justamente diferente y esa diferencia es bien característica. Cuando un hombre se niega a una mujer que se ofrece a él, este acto podrá estar perfectamente justificado por motivos éticos, personales y estéticos y podrá incluso ser necesario; pero tiene siempre algo de penoso, de poco caballeresco y, en cierto modo, de ridículo, más para el hombre que para la mujer, la cual fácilmente da un giro trágico al hecho

Digitized by Google

de haber sido rechazada. No es, pues, actitud conveniente para el hombre la de rechazar a una mujer—aunque tampoco es conveniente en la mujer el ofrecerse al hombre—. En cambio, cuando la relación se invierte, los términos quedan igualados, de suerte que rechazar al pretendiente es, por decirlo así, el gesto que a la mujer le cuadra mejor. Mas, por otra parte, la capacidad de entrega—a pesar de la reserva a que aludiremos al término de estas páginas—es en la mujer tan profunda y entera, y expresa de modo tan completo su esencia, que acaso no pueda el hombre en este sentido igualarla jamás. Las mujeres son maestras en el arte de decir *sí* y no, de entregarse y negarse. Este es el perfeccionamiento de la función que a los elementos femeninos les corresponde ya desde el reino animal y que consiste en que la hembra es *la que elige*. Así se explica el fenómeno observado por Darwin de que entre los animales domésticos la hembra muestra atracciones y repulsiones más individualizadas que el macho.

Digitized by Google

Siendo la mujer la que elige, su preferencia está determinada por la individualidad del hombre, por ser el hombre éste o aquél precisamente y no otro. En cambio, el hombre busca a la mujer en general como hembra—aunque la civilización haya modificado este esquema fundamental en uno y otro sentido. Esta facultad de elección que les corresponde en esto a las mujeres les da muchas más ocasiones para dejar la decisión en suspenso; y no debemos admirarnos de que la confluencia de todos estos elementos en la coquetería haya proporcionado a las mujeres una forma que para el hombre no es adecuada y que a ellas les permite tener la balanza igual, por decirlo así, entre la entrega y la negativa.

El motivo que mueve a la mujer a seguir esa conducta es—reducido a su fórmula *más general*—el encanto de la libertad y del dominio. Normalmente la mujer sólo se encuentra una o pocas veces en situación de decidir sobre el problema fundamental de la vida—y justamente en este caso grave la li-

Digitized by Google

bertad individual de su decisión es con frecuencia más aparente que real. Pero en la coquetería, esa decisión, aunque por mera aproximación y símbolo, le corresponde por decirlo así de manera crónica. Alternando o simultaneando el sí y el no, la efusión y la reserva, la mujer se recluye tras cada uno de los dos términos y maneja el otro como un medio de mantener en plena libertad su personalidad propia, sustraída a todo prejuicio. Por doquiera se observa que la libertad no permanece nunca en su sentido negativo, sino que bien pronto suele emplearse en la adquisición de poderío y dominio. En el caso de la coquetería ambas cosas se entremezclan inmediatamente. El poderío de la mujer frente al hombre se manifiesta en el sí o no, y precisamente esta antítesis, entre cuyos términos oscila la coqueta, sirve de fundamento al sentimiento de libertad, a la independencia del yo tanto de uno como de otro, a la sustantividad del sujeto allende los contrarios. El poderío de la mujer sobre el sí y el no es *anterior* a la

Digitized by Google

decisión; porque una vez tomada ésta, da fin al poderío en todo caso. Pero la coquetería es el medio de ejercitar ese poder en forma duradera. Y en bastantes casos se ha podido observar que las mujeres muy dominantes son también muy coquetas. Pues —y hay que acentuar esto para dar claridad a la relación típica—esa oscilación e indecisión no se refieren para nada a la mujer misma, a la resolución interna de la mujer, sino sólo a su manifestación externa para la otra persona que se halla enfrente. No quiere, pues, esto decir que la mujer vacile y sienta incertidumbre interna en su elección—semejante incertidumbre, cuando se da, produce un cuadro harto distinto de la coquetería, un conjunto de síntomas que no tienen con la coquetería sino superficiales semejanzas o que adoptan las formas de la coquetería, con cierta perplejidad, acaso para ganar tiempo de decidirse—. Interiormente, la mujer que coquetea tiene ya tomada su resolución. Y el sentido de toda la situación consiste justamente en ocultar esa

Digitized by Google

decisión, en sumir al hombre en una incertidumbre y perplejidad que sólo es incierta para él, pero que en sí es ya algo resuelto y seguro. Lo que confiere a la coqueta su peculiar poderío y predominio es que *ella* está firmemente decidida y, sin embargo, establece con el hombre una relación por la cual *él* queda como desorientado, desarraigado, sumido en la vacilación e incertidumbre.

La sensación de juego en el hombre.

Ahora bien, el hombre se presta a este juego; y se presta a él no sólo porque, pendientes sus deseos de las mercedes femeninas, no tiene más remedio que soportarlo, sino también muchas veces porque extrae un peculiar encanto y goce de ese tratamiento que le hace oscilar de uno a otro extremo. ¿Por qué, empero, este placer? La explicación se encuentra bien próxima en el hecho conocido de que cuando una serie de

Digitized by Google

sensaciones está orientada hacia un sentimiento final de ventura, los momentos que preceden al logro del fin reciben como una irradiación del valor placentero que se espera alcanzar. La coquetería es uno de los casos más claros de este fenómeno. Primitivamente el goce fisiológico hubo de ser sin duda el único de la serie erótica. Pero poco a poco fué el placer corriéndose a los momentos antecedentes de la serie. Es muy verosímil que nos encontremos aquí efectivamente ante una evolución histórica—en lo que se refiere al elemento psicológico—; porque sabemos por experiencia que el sentido de placer se extiende a momentos tanto más lejanos, alusivos y simbólicos del erotismo, cuanto se trata de personalidades más cultivadas y refinadas. Esta contaminación espiritual puede llegar tan lejos que, por ejemplo, un joven enamorado sentirá quizás más goce en el primer apretón de manos dado en secreto, que luego en la más íntegra concesión. Para muchas naturalezas tiernas y sensibles—que en manera alguna

Digitized by Google

han de ser frígidas o de sentidos romos—el beso y aun la mera conciencia del amor correspondido superan a todos los goces eróticos de carácter, por decirlo así, substancial. El hombre con quien una mujer coquetea, siente ya, en el interés que ella manifiesta, en el deseo que ella expresa de atraerlo, el encanto evocado de su posesión, como toda ventura prometida anticipa una parte del placer alcanzado. Además aparece aquí, con eficacia propia, otro matiz de la misma relación. Cuando el valor de un término final contamina sensiblemente los medios o estadios previos a su consecución, ocurre que la cantidad del valor gustado es modificada por el hecho de que, en ninguna serie real, la consecución de un eslabón intermedio garantiza nunca con seguridad absoluta el logro del valor final decisivo; o dicho de otro modo: la letra de cambio que hemos descontado ya en el goce anticipado, no será quizá pagada en su día. Para los estadios intermedios, esto da lugar a un inevitable rebajamiento de valor, pero también

Digitized by Google

a una sublimación de esas etapas previas, merced al encanto del azar, sobre todo cuando el elemento fatídico, sustraído a la decisión por fuerzas propias, ese elemento que se halla siempre implícito en toda consecución, asciende y fortifica su obscura potencia de atracción. Si computáramos según su pleno valor objetivo la probabilidad de error que se interpone entre el estadio previo y el estadio final, no llegaríamos probablemente a pre-sentir la ventura esperada. Pero esa probabilidad la sentimos al mismo tiempo como un estímulo, como el juego atractivo que puede hacernos lograr el favor de las potencias inescrutables. En la actitud espiritual que la coqueta sabe provocar, ese valor eudemonista del azar, esa conciencia de nuestra ignorancia sobre si ganaremos o perderemos, llega, por decirlo así, a afirmarse, a afianzarse. Por una parte, de la promesa inclusa en la coquetería sacamos la felicidad anticipada; pero, por otra parte, el reverso de la medalla, la probabilidad de que esa anticipación quede desmentida por

Digitized by Google

un curso distinto de las cosas, surge también por la reserva con que la coqueta se manifiesta ante su pareja. El juego mutuo de ambos términos, ninguno de los cuales es bastante serio para expulsar al otro de la conciencia, engendra sobre la negación la posibilidad de la afirmación, esto es, el «quizás»; y este «quizás» que junta en unidad de estímulo la pasividad de la resignación con la actividad de la pretensión, circunscribe toda la reacción interior a la conducta de la coqueta.

Esta reacción del hombre significa, pues, aquí—por el placer que siente en el azar mismo y la típica síntesis intuitiva de sus posibilidades polares—mucho más que el mero hecho de verse arrastrado en el juego oscilante de la coquetería. Igualmente, el papel del hombre se eleva muy por encima del de simple objeto cuando, entrando del todo en el juego de la coqueta, logra sentir placer en este juego mismo y no en la espera de una eventual resolución definitiva. Entonces es cuando toda esta acción ascien-

Digitized by Google

de realmente a la categoría de juego, porque antes, cuando el hombre tomaba aún la cosa en serio, hallábase incluída, en parte, en la esfera de la realidad. Ahora, empero, no quiere el hombre tampoco traspasar la línea señalada por la coquetería; y esto, que parece anular el concepto de la coquetería, en su sentido lógico y genético, constituye en realidad el caso de coquetería más limpio de toda desviación, más puro de forma y desprovisto de toda probabilidad de cambio. El centro y eje de las relaciones y atracciones es aquí no tanto el arte de *agradar*—que por ciertos aspectos todavía arraiga en la esfera de la realidad—como el *arte* de agradar. Aquí la coquetería abandona el papel de medio o de actitud meramente provisional, para adoptar el de fin: todo lo que era goce antes pasa íntegro a esta segunda forma, y la provisionalidad ha abandonado su limitación condicional, su sometimiento a algo definitivo o aun sólo a la idea de algo definitivo; justamente el tener y conservar el sello de provisional,

Digitized by Google

de fluctuante y oscilante es ahora—en contradicción lógica pero efectividad psicológica—su encanto definitivo, que no inquiere lo que trasciende de su existencia misma. Las consecuencias que suele tener la coquetería—que consisten en que a la firmeza interior de la coqueta corresponde en el hombre incertidumbre y desazón y a veces una desesperada esperanza en el azar—se convierten ahora en su contrario justamente; porque cuando el hombre no desea nada más allá de ese estadio, la convicción de que la coqueta no toma la cosa en serio le da, frente a ella, cierta firmeza y seguridad. No deseando el sí y no temiendo el no, no considerando dignas de atención las eventuales negativas a su deseo, puede el hombre entregarse al placer de ese juego con mucho mayor abandono que cuando deseaba, o acaso también temía, que el camino emprendido condujese a su término.

Digitized by Google

El juego, el arte y la coquetería.

Aquí es donde con mayor pureza se marca la constante relación de la coquetería con el juego y el arte. La coquetería realiza en grado sumo la definición que Kant ha dado de la esencia del arte: ser una «finalidad sin fin». La obra de arte carece de todo fin—y, sin embargo, sus partes aparecen tan llenas de sentido, tan conexionadas unas con otras, tan necesariamente colocadas en su sitio, como si concurriesen todas a la consecución de un fin perfectamente determinado. Ahora bien, la coqueta se conduce exactamente como si sólo se interesase por su pareja, como si sus actos y dichos hubieren de desembocar en la plenitud de un abandono. Pero este sentido finalista y por decirlo así lógico de su conducta no es, sin embargo, el que la coqueta lleva en la mente; ella deja flotar en el aire sus actos, sin extraer de éstos la consecuen-

Digitized by Google

cia implícita, y les da un fin y término completamente diferente: agradar, subyugar, ser deseada—pero sin dejar que se tome en serio su actitud. La coqueta se conduce con plena «finalidad»; pero rechaza el «fin» a que esa conducta debiera conducir en la realidad, y lo encierra en el placer subjetivo del juego. La esencia interior, y pudiera decirse trascendental, de la coquetería se distingue de la del arte en que el arte se sitúa desde luego allende la realidad y nos salva de la realidad por la dirección de su mirada, que se aparta y desvía de todo cuanto es real; mientras que la coquetería, aunque también *juega* con la realidad, es, sin embargo, un juego con *la realidad*. La oscilación de los impulsos, que la coquetería ofrece y provoca, no extrae su encanto nunca íntegramente de las formas puras del sí y del no, o por decirlo así, de la relación abstracta entre los sexos—si bien ésta sería la perfección propia, aunque nunca plenamente alcanzada, de la coquetería—; siempre hay un acompañamiento de sensaciones

Digitized by Google

que tienen su origen en la realidad misma y que vivifican la pura relación de las formas. La coqueta y—en el sentido antes indicado—también su pareja juegan sin duda y, puesto que juegan, se sustraen a la realidad; pero no juegan, como el artista, con la apariencia de la realidad, sino con la realidad misma.

Entre la coquetería y el arte existe también una analogía característica, en otra dirección. Dícese del arte que «permanece indiferente a su objeto». Esto no puede significar sino que los valores que el arte crea en las cosas no son alterados por el hecho de que esas cosas, al ser estimadas según criterios no artísticos, resulten satisfactorias o insatisfactorias, morales o inmorales, religiosas o profanas. Esta es una manera relativamente sencilla de alzarse por encima de los demás valores positivos o negativos que corresponden a un círculo de cosas reales. La coquetería la adopta también con un método en cierto modo más agudizado y acentuado. Pues—y esto lo indicamos ya

Digitized by Google

antes—la coqueta trata las cosas, instrumentos de sus intenciones, de tal manera que, por lo menos idealmente y como posibilidad siempre sentida, oscila su ánimo entre el interés y la falta de interés por ellas, entre el abandono a un objeto y la reserva, entre la atracción y la repulsión. Esta conducta, simultáneamente positiva y negativa ante las cosas, revela que la coqueta está como desentendida de todo valor objetivo o de cualquier otra clase; y se expresa también en la tranquilidad y ausencia de prejuicios con que la coqueta pone a su servicio indistintamente todas las oposiciones objetivas: la mirada como el desvío, la piedad como el ateísmo, la ingenuidad como el refinamiento, la ciencia como la ignorancia. Hasta con la misma coquetería puede coquetear una coqueta y, por supuesto, con la no-coquetería igualmente. Así como al artista todas las cosas le sirven, porque no quiere de ellas sino la forma, así a la coqueta le sirven también todas, porque no quiere de ellas sino que se acomoden en el

Digitized by Google

juego de guardar y soltar, de ofrecer y negar. Repitámoslo: una mujer podrá intentar la conquista de un hombre haciendo ostentación de religiosidad o de librepensamiento —esto no es aún coquetería, y no lo será hasta que la conducta de la mujer haya adoptado ese matiz peculiar que consiste en no entregarse definitivamente a ningún contenido, en no admitir menoscabo alguno en su soberana facultad de decir en todo momento sí o no y en dar a su relación con las cosas el mismo colorido que constituye su típico atractivo para con el hombre, esto es, la simultaneidad de la entrega y la reserva. También aquí campea la sensación del «quizás», la desviación de los ojos en el momento mismo del mirar recto, la libertad frente a todo medio que en sí es insignificante y, por lo tanto, no se toma en serio; y todo esto constituye el fondo sobre que se destaca la seriedad, marcadísima acaso, del momento presente. El arte consigue situarse allende la significación real de las cosas, porque sin el menor equívoco toma

Digitized by Google

de las cosas exclusivamente la forma; por eso es el arte siempre algo decidido, definido, sin vacilación alguna, y una coquetería del arte representaría como una tortura y un descarrilamiento. Pero en la coquetería esa situación allende las cosas se produce de otra manera; la coquetería acepta la significación real de cada cosa, pero en el instante mismo la anula, abrazando con igual fervor la significación contraria—aunque sólo como posibilidad, alusión, matiz y segundo término. Si el arte aparece como un juego ante las restantes categorías y contenidos de la vida, es porque toma radicalmente en serio una categoría que excluye a todas las demás. En cambio, si la coquetería es juego, es porque en general no toma nada en serio. Esta expresión negativa designa, empero, una actitud bien positiva, que enfronta unos con otros todos los términos opuestos, al menos potencialmente, y se abraza a la relación, librándola, por decirlo así, del peso de una resolución definitiva. Comparado con el concepto platónico

Digitized by Google

que expusimos al principio de este ensayo, el arte se cierne por igual sobre la posesión y la no posesión; posee todas las cosas, puesto que lo único que desea de ellas es su forma y su sentido artístico, y no posee ninguna, puesto que no le interesa la realidad, objeto de la «posesión» propiamente dicha. El arte es como de sí mismos decían los franciscanos: *omnia habentes, nihil possidentes.* La coquetería, limitada a la circunscripción de su objeto, no se halla menos lejos de la posesión y la no posesión—o dicho en forma activa: de la entrega y la no entrega—. Pero no está *sobre,* sino más bien *entre* ambos términos, pues conserva en equilibrio fluente la participación que tiene en el uno y en el otro o los mezcla de tal manera que continuamente el uno anula al otro, como en un proceso interminable.

Digitized by Google

Ya he dicho antes que el dualismo de la coquetería no significa contradicción alguna a esa unidad y resolución plena de la mujer —como tipo—, a esa unidad que la mujer lleva al problema erótico, planteándolo mucho más que el hombre en el sentido de un todo o nada—en donde el concepto de «todo» no está limitado a su significación externa—. El dualismo de la coquetería no sólo no contradice, sino que en última y suprema instancia simboliza esa unidad y el modo cómo esa unidad se manifiesta. Parece, en efecto, ser experiencia general del sentir masculino que la mujer—y justamente las más profundas, las más entregadas, las más inagotables en su encanto—conserva y reserva, en los más apasionados abandonos y ofrendas, cierto enigma último, indescifrable, inconquistable. Quizá esto guarde relación con esa unidad en que todos los gér-

Digitized by Google

menes y posibilidades descansan estrechamente unidos, abrazados e indiferenciados, de manera que las mujeres suelen dar la sensación de cierta falta de desarrollo, o de tener en sí potencias que no se han convertido aún en actos—prescindiendo de todos los obstáculos que oponen o que hayan podido oponerles los prejuicios y prevenciones sociales—. Sería ciertamente inexacto considerar esa «indiferenciación» simplemente como un defecto, como un atraso; más bien significa la forma positiva en que se manifiesta la índole propia de la mujer, con su ideal peculiar, y es una forma e índole por completo equivalente a la «diferenciación» del hombre. Ahora bien; la feminidad, vista desde el punto de vista masculino, aparece como un «todavía no», como una promesa incumplida, una nonata muchedumbre de posibilidades obscuras, que no han logrado apartarse del tronco común y diferenciarse unas de otras lo bastante para hacerse visibles y tangibles. Añádase a esto que los modos de formación plástica y de ex-

Digitized by Google

presión—no me refiero sólo a los verbales—que nuestra cultura ofrece a la intimidad del alma han sido creados esencialmente por los hombres y resultan inevitablemente más acomodados a la índole y necesidades masculinas. Así resulta que el elemento diferencial y típico de la feminidad no encuentra muchas veces una expresión satisfactoria y a la vez inteligible. Esto también ha de contribuir, pues, al sentimiento de que el más integral abandono de la mujer no anula una postrer reserva íntima de su alma, sentimos que hay algo cuya revelación propiamente habríamos de esperar y que, sin embargo, no acaba de desprenderse de la raigambre central. Sin duda no es este un límite deliberadamente puesto por la mujer misma; no es un postrer resto que la mujer niegue a su amado, no; es más bien el núcleo último de la personalidad que, por decirlo así, resulta inexpresable y que, aunque ofrecido también por la mujer, aparece como algo opaco e inefable, arca cerrada cuya llave no tiene el que la recibe.

Digitized by Google

No es, pues, maravilla que el hombre sienta la sensación de que algo se le mantiene oculto e interprete el sentimiento de no poseerlo, como si la mujer no se lo hubiese dado. Este fenómeno de la reserva—sea cual fuere su génesis—aparece como una misteriosa compenetración del sí y el no, del dar y el negar, en el cual la coquetería se halla en cierto modo preformada. Esa semi-ocultación de la mujer, en la que se expresa su más profunda relación con el hombre, es recogida con plena conciencia por la coquetería, la cual rebaja de este modo el fundamento último, metafísico, de la relación, hasta convertirlo en un simple medio de su realización externa. Así se explica, empero, por qué la coquetería no es en modo alguno un «artificio de mujeres malas»—pues no suelen ser las más coquetas ni las hetairas ni las mujeres de poca espiritualidad y mucha sensualidad—; así se explica cómo hombres en quienes las seducciones exteriores carecen de eficacia, se entregan conscientemente al encanto de la coquetería,

Digitized by Google

con el sentimiento de que ésta no rebaja ni al sujeto ni al objeto de ella.

La relación de los sexos.

Esta forma, en que se manifiesta la participación de la mujer en la relación de los sexos; este sí y no, que es la base de todo sí o de todo no, nos revela ahora un sentido más profundo de aquella interpretación del amor como un término medio entre poseer y no poseer. Porque hemos visto que la no posesión emerge de la posesión misma y ambas constituyen las dos caras de una unidad de relación, cuya forma más extrema y apasionada es, en última instancia, la posesión de algo que al mismo tiempo no se posee. La profunda soledad metafísica del individuo—todo intento de superarla entregándose uno a otro es una salida por el infinito—ha recibido en la relación de los sexos una forma de peculiar matiz, pero acaso la más fundamentalmente sentida de

Digitized by Google

todas. Aquí, como en muchos otros puntos, esta relación de los sexos nos da el prototipo de innúmeras otras relaciones de la vida individual e interindividual. Aparece como el ejemplo más puro de muchos otros procesos, porque éstos, desde luego, están determinados en su forma por aquella fundamental condicionalidad de nuestra vida. Nuestro intelecto, por ejemplo, no puede comprender el cambio y evolución de las cosas—el real como el lógico—partiendo de una unidad plena, y considera que por sí misma sería esta unidad estéril y carecería de motivos que explicasen el cambio. Ahora bien: esta actitud de nuestro intelecto se debe a que el origen de nuestra vida está en la cooperación de dos principios. Es más; si el hombre es, en general, un ente dual; si la vida y el pensamiento humanos se mueven en la forma de la polaridad; si todo contenido real se define y afirma por oposición a su contrario, acaso todo esto se refiera en última instancia a la división de la especie humana en dos elementos, que

Digitized by Google

eternamente se buscan y se completan y nunca, sin embargo, logran superar su oposición. El hombre, con sus más apasionadas necesidades, está, pues, pendiente de un ser, de quien le separa quizá el más hondo abismo metafísico; he aquí la más pura imagen —acaso también la forma primaria más eficaz—de aquella soledad que hace del hombre no sólo un extraño entre las cosas del mundo, sino un extraño incluso para aquellos que le son más próximos.

La simultaneidad de la posesión y la no posesión es, pues, la forma manifestativa indestructible y la base última del erotismo. Pero la coquetería destila de ese fondo una quintaesencia erótica que expone, por decirlo así, en la forma del juego—pues el juego muchas veces extrae de las complicaciones vitales las formas más sencillas y básicas para hacer de ellas su contenido, por ejemplo: la caza y la ganancia, el peligro y el azar, la lucha y la astucia—. La conciencia de la coquetería hace que cada uno de los elementos opuestos, sumidos uno en

Digitized by Google

otro, se destaque más claro uno sobre el otro; da a la no posesión una como visualidad positiva haciéndola bien sensible por el contraste con la posesión, reflejada y aludida; como, por otra parte, el amenazador reflejo de la no posesión sublima en máximo grado el encanto de la posesión. Y si aquella relación fundamental nos hizo ver que incluso en la posesión definitiva arraiga la no posesión, la coquetería nos abre en la no posesión definitiva un resquicio de posesión. Siguiendo el curso de un pensamiento semejante, un psicólogo-sociólogo francés ha explicado la coquetería diciendo que con el aumento de cultura han aumentado también la excitabilidad y el número de las formas estimulantes, lo que ha dado por resultado mayores necesidades eróticas en los hombres; ya no es posible poseer todas las mujeres atractivas—mientras que en los tiempos primitivos no existía tal muchedumbre de formas atractivas—. Ahora bien: la coquetería viene a remediar este estado de cosas, porque permite que potencialmente,

Digitized by Google

simbólicamente, por aproximación, en suma, la mujer pueda entregarse a un gran número de hombres y el hombre poseer a un gran número de mujeres.

Pudiera creerse que la coquetería se da exclusivamente en la relación entre hombres y mujeres y que es un reflejo superficial que representa el fundamento mismo de esa relación sexual bajo cierto ángulo de refracción. Tal creencia, sin embargo, vendría a ser una prueba más de la verdad que encierra la ya citada general experiencia de que un gran número de relaciones humanas halla en la relación de los sexos su forma ejemplar y normativa. En efecto, si se consideran los distintos modos de conducirse el hombre ante las cosas y los otros hombres, se ve que la coquetería constituye un procedimiento formal muy generalizado y que no rechaza ningún contenido particular. El sí o no con que hemos de decidirnos en casos importantes o vulgares—ofrendas, intereses, acatamientos, partidos, creencias en hombres o doctrinas—se transforma muchas

Digitized by Google

veces en un *sí* o no o también en una oscilación entre ambos, que tiene el carácter de una simultaneidad, porque detrás de toda resolución tomada aparece la contraria como posibilidad o como tentación. El idioma posee expresiones que aluden a que los hombres «coquetean» con credos políticos o religiosos, con hechos importantes o con entretenimientos. La conducta así designada tiene lugar, con mucha mayor frecuencia de lo que creemos, en indicios y meros matices, en mezclas con otras actitudes, sin que nos demos plenamente cuenta de su carácter. Todos los encantos que dimanan de simultanear el pro y el contra, de sentir el «quizá», de prolongar la indecisión, gustando así juntamente los dos contrarios que en la realización luego se excluyen, son peculiares no sólo de la coquetería de la mujer con el hombre, sino de nuestra conducta ante mil otras realidades. Es la forma con que cristaliza en conducta positiva la indecisión de la vida, que hace de la necesidad no diré virtud, pero sí placer. En ese jugar

Digitized by Google

—aunque no siempre unido a la emoción del «juego»—a acercarse y alejarse, a retener para soltar, a soltar para recoger, a darse, por decirlo así, a prueba, con la muda intención de reservarse; en toda esta manera de conducirse ha encontrado el alma la forma adecuada de su relación con muchísimas cosas. El moralista podrá censurarlo. Pero entre los problemas de la vida uno es éste: que hay muchas cosas que la vida no puede rechazar y ante las cuales, sin embargo, no disponemos de un lugar firme y definido. En el campo que tales cosas ofrecen a nuestro sentir y a nuestro hacer, no encajan bien las formas propias de nuestro sentir y de nuestro hacer. De aquí surge el acercarse y el alejarse, el tanteo, el tener y el soltar, en cuyo dualismo vacilante se refleja esa relación, tan frecuentemente inevitable, del poseer y el no poseer. Y si un aspecto tan trágico de la vida puede revestir esa forma juguetona, oscilante y que a nada compromete, la forma, en suma, que llamamos coquetear con las cosas, bien

Digitized by Google

comprenderemos que esa forma ha de lograr su más típico y puro cumplimiento justamente en la relación de los sexos, en esa relación que encubre el momento más obscuro y trágico de la vida bajo la especie de la máxima embriaguez y del más rutilante y atractivo encanto.

Digitized by Google

Digitized by Google

FILOSOFIA DE LA MODA

Digitized by Google

Digitized by Google

La vida como dualismo.

NUESTRA manera de interpretar los fenómenos de la vida nos hace sentir en cada punto de la existencia una pluralidad de fuerzas. Cada una de éstas se nos presenta como aspirando a ser ilimitada, rebosando de su manifestación real; pero al quebrar su infinitud contra las demás, queda convertida en mera tendencia y anhelo. En toda actividad, aun la más fecunda y que más parezca agotar su potencia, advertimos algo que no ha podido llegar a plena exteriorización. Como esto es debido a la mutua limitación que los elementos antagónicos se imponen, resulta que, precisamente

Digitized by Google

en su dualismo, descubrimos la unidad de la vida integral. Porque en esta tendencia de toda energía íntima a trascender la medida de su manifestación visible es donde adquiere la vida aquella característica riqueza de posibilidades nunca agotadas que completa su realidad, siempre fragmentaria; sólo en virtud de ello nos permiten sus apariencias sospechar fuerzas más profundas, tensiones más contenidas, colisiones y paces de especie más dilatada que las patentes en el aspecto inmediato de la existencia.

No es posible describir directamente este dualismo. Hay que contentarse con mostrarlo en cada una de las típicas contraposiciones que pueblan nuestra vida, contraposiciones que aquel dualismo conforma y regula. La base fisiológica de nuestro ser nos ofrece la primera indicación; necesitamos del movimiento no menos que de la quietud, de la productividad como de la receptividad. En la vida espiritual se prolonga esta doble exigencia y nos guía el afán de generalización, a la par que la necesidad

Digitized by Google

de captar lo singular; aquél proporciona la quietud a nuestro espíritu, mientras que la particularización le hace moverse de caso en caso. Lo propio acontece en la vida afectiva: no procuramos menos nuestro tranquilo abandono a hombres y cosas, que, viceversa, la enérgica afirmación de nuestra persona frente a unos y otras. La historia entera de la sociedad puede desarrollarse al hilo de las luchas y compromisos, de las conciliaciones lentamente logradas y pronto deshechas que tienen lugar entre el impulso a fundirnos con nuestro grupo social y el afán de destacar fuera de él nuestra individualidad.

La oscilación de nuestra alma entre ambos polos podrá corporizarse filosóficamente en una oposición doctrinal: de un lado, la tesis según la cual todo es uno; de otro, el dogma para el que cada elemento del universo es incomparable y algo aparte; podrá asimismo manifestarse prácticamente en el combate entre socialismo e individualismo; siempre se tratará de una y misma dua-

V = Hesiodo, Teogonía. pag. 36. Ritmo de [illegible] Hérne.

Digitized by Google

lidad, que, a la postre, se revela en la imagen biológica de la oposición entre herencia y variación. Aquélla es el agente de lo genérico, de la unidad, de la tranquila igualdad de las formas y contenidos vitales; ésta, de la movilidad, de la variedad de elementos particulares que producen la inquieta evolución y tránsito de un contenido individual a otro. Cada forma esencial que la vida ha presentado en la historia de nuestra especie significa una manera peculiar de conseguir, dentro de su órbita, la reunión de la permanencia, unidad e igualdad con sus contrarios, mutación, particularismo y singularidad.

Moda e imitación.

Esta contraposición toma también cuerpo en el orden social. Y allí, uno de sus lados suele estar sostenido por la propensión psíquica a la «imitación». Podría considerarse la imitación como una herencia psicológica, como el tránsito de la vida en

Digitized by Google

grupo a la vida individual. Su fuerte está en que nos hace posible obrar con sentido y de manera conveniente, aun en los casos en que nada personal y original se nos ocurre. Podría llamársela la hija que el pensamiento tiene con la estupidez.

La imitación proporciona al individuo la seguridad de no hallarse solo en sus actos, y, además, apoyándose en las anteriores ejecuciones de la misma acción como en firme cimiento, descarga nuestro acto presente de la dificultad de sostenerse a sí mismo. Engendra, pues, en el orden práctico la misma peculiar tranquilidad que en el científico gozamos cuando hemos subsumido un fenómeno bajo un concepto genérico. Cuando imitamos, no sólo transferimos de nosotros a los demás la exigencia de ser originales, sino también la responsabilidad por nuestra acción. De esta suerte se libra el individuo del tormento de decidir y queda convertido en un producto del grupo, en un receptáculo de contenidos sociales. El instinto imitativo, como principio de la vida,

Digitized by Google

caracteriza un estadio de la evolución en que existe ya el deseo de actuar de modo adecuado por propia cuenta, pero falta aún la capacidad de dar a ese deseo contenidos individuales.

El progreso sobre este estadio se verifica cuando, además de lo conocido, pasado y tradicional, comienza el futuro a determinar el pensamiento, la acción y el sentimiento. El hombre teleológico, es decir, el hombre que obra en vista de finalidades, es el polo opuesto al hombre imitador, que actúa, no «para» lograr tal o cual fin, sino meramente «porque» los demás obran así. En todos los fenómenos donde es un factor influyente, corresponde, pues, la imitación a una de las tendencias básicas propias a nuestro ser; a aquella que se satisface en la fusión de lo singular con lo general y que acentúa lo permanente en lo que cambia. Por el contrario, dondequiera que se busque el cambio en lo permanente, la diferenciación individual, el distinguirse de la generalidad, obrará la imitación como un

Digitized by Google

principio negativo y una rémora. Ahora bien, el afán de persistir en lo conocido y hacer lo mismo y ser lo mismo que los otros es un enemigo irreconciliable del ansia opuesta, que quiere avanzar hacia nuevas y propias formas de vida. Y como estos dos principios son igualmente ilimitados cada uno por sí, la vida social se convierte en el campo de batalla donde cada palmo es disputado por ambos, y las instituciones sociales vendrán a ser conciliaciones —siempre efímeras—donde su persistente antagonismo toma el cariz de una cooperación.

Con esto quedan circunscritas las condiciones vitales que hacen de la moda un fenómeno constante en la historia de nuestra especie. La moda es imitación de un modelo dado, y satisface así la necesidad de apoyarse en la sociedad; conduce al individuo por la vía que todos llevan, y crea un módulo general que reduce la conducta de cada uno a mero ejemplo de una regla. Pero no menos satisface la necesidad de distinguirse,

Digitized by Google

la tendencia a la diferenciación, a cambiar y destacarse. Logra esto, por una parte, merced a la variación de sus contenidos, que presta cierta individualidad a la moda de hoy frente a la de ayer o de mañana. Pero lo consigue más enérgicamente por el hecho de que siempre las modas son modas de clase, ya que las modas de la clase social superior se diferencian de las de la inferior y son abandonadas en el momento en que ésta comienza a apropiarse de aquéllas. No es de esta suerte la moda más que una de tantas formas vitales en que se compagina la tendencia hacia la igualación social con la que postula la diferenciación y variedad individuales. La historia de la moda se ha hecho hasta ahora sólo desde el punto de vista de la evolución de sus «contenidos»; pero si en vez de esto se estudiase históricamente su «significación» para la forma del proceso social, veríamos en ella la historia de los ensayos hechos para adaptar al estado de cada cultura individual y social la satisfacción de aquellas dos opues-

Digitized by Google

tas tendencias. A este carácter esencial de la moda se subordinan los demás rasgos psicológicos que en ella observamos.

Es ella, como he dicho, un producto de la separación por clases, y se comporta como muchos otros fenómenos parejos, sobre todo como el honor, cuya doble función consiste en formar un círculo social cerrado y, a la vez, separarlo de los demás. Del mismo modo, el marco de un cuadro da a la obra de arte el carácter de un todo unitario, orgánico, que forma un mundo por sí, y, a la par, actuando hacia fuera, rompe todas sus relaciones con el espacio en torno. La energía de estas formas es, en rigor, simple; pero no podemos expresarla si no la dividimos en una doble actividad que opera hacia dentro y hacia fuera. Análogamente, el honor deriva su carácter, y sobre todo, sus derechos morales, de que el individuo representa y salvaguarda en su propio honor el honor de su círculo social, de su «estado». Claro es que esos derechos, desde el punto de vista de quienes no pertenecen a

Digitized by Google

la clase, son tenidos más bien por injusticia.

Significa, por tanto, la moda nuestro ayuntamiento a los pares, la unidad de un círculo que ella define y, consecuentemente, la oclusión hermética de este círculo para los inferiores, que quedan caracterizados por su exclusión de él. Unir y diferenciar son las dos funciones radicales que aquí vienen a reunirse indisolublemente, de las cuales, la una, aun cuando es o precisamente porque es la oposición lógica de la otra, hace posible su realización.

Arbitrariedad de la moda.

La prueba más clara de que la moda es un mero engendro de necesidades sociales, mejor aún, de necesidades psicológicas puramente formales, está en que casi nunca podemos descubrir una razón material, estética o de otra índole, que explique sus creaciones. Así, por ejemplo, prácticamente se hallan nuestros trajes, en general, adap-

Digitized by Google

tados a nuestras necesidades; pero no es posible hallar la menor huella de utilidad en las decisiones con que la moda interviene para darles tal o cual forma: levitas anchas o angostas, peinados agudos o amplios, corbatas negras o multicolores. A veces son de moda cosas tan feas y repelentes, que no parece sino que la moda quisiese hacer gala de su poder mostrando cómo, en su servicio, estamos dispuestos a aceptar lo más horripilante. Precisamente, la arbitrariedad con que una vez ordena lo que es útil, otra lo incomprensible, otra lo estética o prácticamente inocuo, revela su perfecta indiferencia hacia las normas prácticas, racionales, de la vida. Con lo cual nos transfiere a la única clase de motivaciones que restan, excluídas las antedichas, a saber: las típicamente sociales. Esta índole abstracta, exenta de toda conexión racional, que radica en la última esencia de la moda y le presta el «cachet» estético, anejo siempre a la despreocupación por la realidad, se hace patente también en forma histórica. Refiérese

Digitized by Google

a menudo de tiempos pasados que la humorada o el privado menester de una personalidad creó una moda. Así, los zapatos de largo pico que se usaron en la Edad Media se originaron en el deseo de un señor distinguido de hallar para el exceso de su pie una forma de calzado apropiada; el guardainfante surgió de que una alta dama quiso ocultar su embarazo, etc. En contraposición con este origen personal, la invención de las modas va quedando en nuestro tiempo sometida cada vez más a las leyes objetivas de la estructura económica. No aparece aquí o allá un artículo que luego se hace moda, sino al revés: se producen desde luego artículos con la intención de que sean moda. En ciertas ocasiones, hay como la exigencia *a priori* de una nueva moda, y al punto se encuentran inventores e industrias que trabajan exclusivamente en llenar ese hueco.

La relación entre este carácter abstracto de la moda, esa ausencia de motivación concreta, y la organización social objetiva,

Digitized by Google

se manifiesta en la indiferencia de la moda, en cuanto forma general de ciertos productos, frente a toda significación determinada de éstos y en su entrega progresiva a estructuras económicas de producción social. La moda es, en su íntima esencia, sobreindividual, y este carácter se imprime también en sus contenidos; la prueba decisiva de ello es que la creación de modas se ha convertido en una profesión pagada y constituye en las grandes empresas un «puesto» tan diferenciado de la personalidad que lo ocupa como cualquier otro empleo objetivo del sujeto que lo sirve. Claro es que la moda puede en ocasiones adoptar contenidos prácticamente justificados; pero en cuanto moda, actúa sólo en la medida que se deja sentir positivamente su independencia de toda otra motivación. Del mismo modo que nuestro acto sólo parece plenamente moral cuando no nos mueve a obrar su fin y contenido exteriores, sino exclusivamente la consideración de que es un deber. Por esta razón, el imperio de la moda

Digitized by Google

es más intolerable que en parte alguna en aquellos órdenes donde sólo deben valer criterios sustanciales. La religiosidad, los intereses científicos, hasta socialismo e individualismo, han sido cuestión de moda; pero los motivos únicos que debieran influir en la adopción de estas posiciones vitales están en absoluta contradicción con la perfecta insustancialidad que gobierna el proceso de las modas, y asimismo con aquel atractivo estético que presta a éstas su alejamiento de todas las significaciones prácticas de las cosas. Esto último es tan inaceptable como momento que pueda influir en aquellas últimas y graves decisiones, que cuando interviene toman ellos un aire de acusadora frivolidad.

Moda y clases.

La moda mantiene en constante mutación las formas sociales, los vestidos, las valoraciones estéticas, en suma, el estilo todo que usa el hombre para expresarse.

Digitized by Google

Sin embargo, la moda, esto es, la nueva moda, sólo ejerce su influjo específico sobre las clases superiores. Tan pronto como las inferiores se la apropian y, traspasando las fronteras que la clase superior ha marcado, rompen la unidad de ésta que la moda simboliza, los círculos selectos la abandonan y buscan otra nueva que nuevamente los diferencie de la turbamulta. Sobre esta reciente moda actúa otra vez el propio mecanismo, y así indefinidamente. Porque, naturalmente, las clases inferiores miran y aspiran hacia lo alto. ¿Dónde conseguirán mejor satisfacer este anhelo que en las cosas sujetas a la moda, las más asequibles a una externa imitación? El mismo proceso se desarrolla entre las diversas capas de la clase superior—aunque no sea siempre tan evidente como entre las señoras y las criadas—. Es más: con frecuencia se advierte que cuanto más próximos se hallan los distintos círculos, más loca es la carrera de los unos por imitar a los otros, y de éstos por huir en busca de lo nuevo. La inter-

Digitized by Google

vención del capitalismo no puede menos de acelerar vivamente este proceso y mostrarlo al desnudo, porque los objetos de moda, a fuer de cosas externas, son muy particularmente asequibles por el simple dinero. Es más fácil establecer por medio de ellos paridad con la capa superior que en otros órdenes, donde es forzosa una adquisición individual, imposible de lograr con dinero.

La esencialidad de este momento eliminatorio—junto al imitativo—en el mecanismo de la moda aparece clara donde la estructura social carece de capas o rangos superpuestos. En algunos pueblos salvajes, grupos vecinos que viven bajo las mismas condiciones crean modas, a veces muy dispares, merced a las cuales subrayan el hermetismo interior del grupo, juntamente con su diferenciación hacia afuera.

Digitized by Google

Por otra parte, se advierte gran predilección en importar la moda del extranjero, y dentro de cada círculo se la estima más cuando no ha sido producida en él. Ya el profeta Zephanya habla irritado de los elegantes que se visten con trajes extranjeros. Ello es que el origen exótico de la moda parece favorecer la concentración del círculo que la adopta. Precisamente por venir de fuera, engendra esa forma de socialización, tan peculiar y extraña, que consiste en la referencia común de los individuos a un punto situado fuera de ellos. Parece en ocasiones como si los elementos sociales, a manera de los ejes oculares, convergiesen mejor dirigidos a un punto poco próximo. Entre los salvajes suele consistir el dinero —por tanto, el objeto de más vivo interés general—en símbolos importados de lejos; tanto, que en algunas comarcas (las islas

Digitized by Google

Salomón, Ibo en el Níger) existe la industria de elaborar con conchas u otro material monedas que circulan como dinero, no en el país donde se han fabricado, sino en aquellos adonde se las exporta—justamente como las modas de París son a menudo producidas con la sola intención de que sirvan de moda en otras partes. (En París mismo muestra la moda una tirantez y conciliación máximas de sus elementos dualistas. El individualismo, la adaptación al hábito personal son más hondos que en Alemania; pero al mismo tiempo se mantiene con rigor un amplio margen de estilo general, de moda vigente, de suerte que el aspecto de cada uno no se sale nunca de la norma común, pero se destaca siempre sobre ella.)

Cuando falta cualquiera de estas dos tendencias sociales—la de concentración en un grupo y la de apartamiento entre éste y los demás—, la moda no llega a formarse, su reino termina. Por esto, las clases inferiores tienen escasas modas específicas; por esto, las modas de los pueblos salvajes son

Digitized by Google

más estables que las nuestras. El peligro de la mezcolanza y confusión que mueve a las clases de los pueblos civilizados a diferenciarse por sus trajes, maneras, gustos, etc., falta a menudo en las estructuras sociales primitivas, que, por una parte, son más comunistas, y por otra, mantienen rígida y definitivamente las diferencias establecidas.

El traje nuevo.

Estas diferenciaciones son a su vez instrumento para mantener la cohesión en los grupos que desean permanecer separados. Los andares, el *tempo*, el ritmo de los gestos son influídos muy esencialmente por las vestiduras. Hombres trajeados de la misma manera se comportan con cierta uniformidad. En este punto se advierte un peculiar nexo entre los fenómenos. El hombre que quiere y puede seguir la moda, gasta a menudo trajes nuevos. Ahora bien, el traje nuevo determina nuestra compostura en ma-

Digitized by Google

yor grado que el viejo; éste ha sido ya conformado en el sentido de nuestros gestos individuales, accede sin resistencia a todos ellos y permite que en mínimas peculiaridades se revelen nuestras inervaciones. El hecho de que en un traje viejo nos sintamos más «a gusto» que en uno nuevo, significa simplemente que éste nos impone la ley de su propia forma. Después de llevarlo algún tiempo, la relación se invierte, y somos nosotros quienes le imponemos la ley formal de nuestros movimientos. Por esta razón, presta el traje nuevo al talle de sus llevadores cierta uniformidad sobreindividual. La prerrogativa que, en la medida de su novedad, posee el traje sobre el que lo lleva, da un aspecto como uniformado a los hombres estrictamente a la moda.

En una época de dispersión individualista como la moderna, adquiere una gran significación este elemento de homogeneidad propio a la moda. Y si la moda tiene menos importancia y es más estable entre los salvajes, atribúyase a que en ellos es mucho

Digitized by Google

menor el ansia de novedad en las impresiones y modos vitales, aparte por completo de sus efectos sociales. El cambio de la moda indica la medida del embotamiento a que ha llegado la sensibilidad. Cuanto más nerviosa es una época, tanto más velozmente cambian sus modas, ya que uno de sus sostenes esenciales, la sed de excitantes siempre nuevos, marcha mano a mano con la depresión de las enegías nerviosas. Esto es ya por sí una razón para que las clases superiores se constituyan en sede de la moda.

Concretándonos a los motivos puramente sociales que la originan, puede comprobarse su finalidad de producir a la vez inclusión en un grupo y exclusión de los restantes en el ejemplo que ofrecen dos pueblos primitivos próximos entre sí. Los cafres poseen una jerarquía social muy graduada y en ellos se encuentra un cambio bastante rápido de las modas, no obstante hallarse trajes y adornos sujetos a ciertas limitaciones legales. Por el contrario, los

Digitized by Google

bosquimanos, que no han llegado a formar una articulación en clases, tampoco conocen la moda, es decir, no ha podido observarse en ellos afán por variar de trajes y ornamentos. Estas mismas razones negativas han impedido a veces en las cimas de la cultura, bien que entonces con plena conciencia, la creación de una moda. Parece que hacia 1390 no existía en Florencia ninguna moda dominante de traje masculino porque cada cual procuraba acicalarse a su manera. En este caso faltaba uno de los factores, la necesidad de conjunción, sin la cual no nace una moda. Por otra parte, se cuenta que los *nobili* venecianos no tuvieron moda alguna porque, en virtud de una ley, tenían todos que vestirse de negro, a fin de no hacer demasiado visible a la plebe la escasez de su número. En este caso quedaba nonata la moda por falta del otro elemento constitutivo, porque se evitaba deliberadamente el distinguirse de los inferiores. Mas, aparte de esta eficacia negativa hacia los de «fuera», la igualdad de tra-

Digitized by Google

je simbolizaba la interna democracia de esta corporación aristocrática. Tampoco en su interior se toleraba la moda, que hubiera sido el correlato visible de una formación de capas diferentes entre los mismos *nobili*.

El traje de luto.

El traje de luto, sobre todo el femenino, pertenece igualmente a estos fenómenos negativos de la moda. Claro es que no faltan en este caso ni la exclusión o resalte, ni la reunión o igualdad. El simbolismo de las negras vestiduras coloca al enlutado aparte del abigarrado tráfago de los demás hombres, como si su solidaridad con el muerto le incluyese en cierto modo dentro del reino de lo exánime. Pero como lo mismo acontece en principio con todos los enlutados, resulta que esta su separación del mundo de los que, por decirlo así, gozan plenamente de vida, les hace formar una comunidad ideal. Sin embargo, falta la posibili-

Digitized by Google

dad de una moda porque esa comunidad no es de índole social; es sólo igualdad, pero no unidad *.

Este fenómeno confirma el carácter «social» de la moda; en él la vestimenta presenta sus momentos de disyunción y reunión; pero la falta de una intención social lleva a la consecuencia más opuesta: a que, en principio, el traje de luto sea invariable, por lo menos en cuanto al color.

La tragedia de la moda.

Trae consigo la esencia de la moda que sólo participe de ella una parte de la sociedad, mientras el resto se halla siempre camino de ella, sin alcanzarla nunca. Tan pronto como se ha extendido por todos lados, es decir, tan pronto como lo que al

* Para Simmel es «social» sólo aquello que forma o contribuye a formar un grupo. Ahora bien, para que un grupo exista, hace falta un principio unificador. En el ejemplo de arriba, los enlutados son entre sí iguales, pero carecen de un principio interno que los una.

Digitized by Google

principio sólo algunos hacían es empleado por todos, como acaece con ciertos elementos del traje y el trato social, pierde su condición de moda. Cada nueva expansión de que goza la empuja más a su fin, porque va anulando su poder diferenciador. Pertenece, pues, al tipo de fenómenos cuya intención es extenderse ilimitadamente, lograr una realización cada vez más completa, pero que al conseguir esta finalidad absoluta caerían en contradicción consigo mismos y quedarían aniquilados. Así se cierne sobre la aspiración moral la meta de una perfecta santidad, inmune a toda seducción, siendo así que el genuino mérito de la moralidad tal vez reside sólo en el esfuerzo hacia esa meta y en la lucha contra una seducción, a que más o menos somos sensibles. Parejamente, el trabajo económico se cumple a fin de ganar el goce perdurable del reposo y el ocio; mas al lograrlo plenamente, suele la vida, con su vacuidad y anquilosamiento, descalificar su movimiento hacia él. Del mismo modo se oye con frecuencia afirmar que las

Digitized by Google

tendencias socialistas son valiosas mientras se propagan en un régimen aún individualista; pero se convertirían en un absurdo y una ruina si el socialismo triunfase íntegramente. La moda cae bajo la fórmula universal de este tipo de fenómenos. Va en ella vivo, desde luego, un impulso expansivo, como si cada una hubiese de subyugar a todo el cuerpo social; mas al punto de lograrlo moriría en cuanto moda, víctima de la contradicción lógica consigo misma, porque su expansión total suprime en ella la fuerza eliminatoria y diferencial.

Modo y ritmo vital.

El predominio que la moda adquiere en la cultura actual—penetrando en territorios hasta ahora intactos, y en los ya poseídos intensificándose, es decir, intensificando el *tempo* de su variación—es puramente concreción de un rasgo psicológico propio a nuestra edad. Nuestra rítmica interna exige

Digitized by Google

que el cambio de las impresiones se verifique en períodos cada vez más cortos. O dicho de otro modo: el acento de cada estímulo o placer se transfiere de su centro sustancial a su comienzo o su término. Comienza esto a vislumbrarse en los síntomas más nimios; por ejemplo, en la sustitución, cada vez más generalizada, de los cigarros por cigarrillos; se revela en la manía de viajar, que sacude la vida del año en el mayor número posible de períodos breves, con la acentuación de las despedidas y los recibimientos. Es específico de la vida moderna un *tempo* impaciente, el cual indica no sólo el ansia de rápida mutación en los contenidos cualitativos de la vida, sino el vigor cobrado por el atractivo formal de cuanto es límite, del comienzo y del fin, del llegar y del irse. El caso más compendioso de este linaje es la moda, que, por su juego entre la tendencia a una expansión total y el aniquilamiento de su propio sentido que esta expansión acarrea, adquiere el atractivo peculiar de los límites y extremos, el atractivo

Digitized by Google

de un comienzo y un fin simultáneos, de la novedad y al mismo tiempo de la caducidad. Su cuestión no es «ser o no ser», sino que es ella a un tiempo ser y no ser, está siempre en la divisoria de las aguas que van al pasado y al futuro, y, merced a ello, nos proporciona durante su vigencia una sensación de actualidad más fuerte que casi todas las demás cosas. Aun cuando la culminación momentánea de la conciencia social en el punto que la moda designa arrastra consigo el germen mortal de ésta, su destino de desaparecer, no la descalifica en conjunto tal caducidad, antes bien, agrega a sus encantos uno más. Al menos, no queda degradado un objeto porque se le califique como «cosa de moda» más que cuando se le aborrece por otras razones de fondo y se le quiere despreciar; en este caso, ciertamente la moda se vuelve concepto de valor y toma una significación peyorativa. Por lo demás, cualquiera otra cosa igualmente nueva y que se extienda súbitamente sobre los usos de la vida no será considerada como moda si se

Digitized by Google

cree en su persistencia y sustantiva justificación. Sólo la llamará así quien esté convencido de que su desaparición será tan rápida como lo fué su advenimiento. Por esto, entre las causas del predominio enorme que hoy goza la moda, es una la creciente pérdida de fuerza que han experimentado las grandes convicciones, duraderas e incuestionables. Queda el campo libre para los elementos tornadizos y fugaces de la vida. El rompimiento con el pasado, en que la humanidad civilizada se ocupa sin descanso desde hace un siglo, aguza más y más nuestra conciencia para la actualidad. Esta acentuación del presente es, sin duda, una simultánea acentuación de lo variable, del cambio, y en la misma medida en que una clase es portadora de la susodicha tendencia cultural, se entregará a la moda en todos los órdenes, no sólo en la vestimenta.

Digitized by Google

Moda y envidia.

En el hecho antes subrayado de que la moda como tal no puede extenderse sobre todo el cuerpo social, brota para el individuo la doble satisfacción de sentirse por ella realzado y distinguido en tanto que se siente apoyado no sólo por un conjunto que hace o usa lo mismo, sino también por otro que aspira a hacer y usar lo mismo. El estado de ánimo que el hombre a la moda encuentra en torno suyo es evidentemente una sabrosa mixtura de aprobación y de envidia. Se envidia al hombre a la moda en cuanto individuo, y se aprueba en cuanto ser genérico. Pero aun esa envidia toma aquí un matiz peculiar. Existe una tonalidad de la envidia que incluye una especie de participación en el objeto envidiado. Un instructivo ejemplo se nos presenta en la situación espiritual del proletario que desliza una mirada en la fiesta de los ricos. La base de

Digitized by Google

esta situación consiste en que un objeto percibido, simplemente en cuanto percibido, ocasiona placer, con entera independencia de que, en cuanto realidad, sea poseído por un sujeto; es en cierto modo comparable a la obra de arte, cuyo rendimiento de agrado tampoco depende de quien lo posea. Este don de separar el puro contenido de una cosa de la cuestión posesiva (paralela a la facultad que el conocimiento tiene de separar el contenido objetivo de la existencia del mismo objeto) hace posible aquella participación que la envidia ejercita. Y acaso no es esto un matiz insólito de la envidia, sino que actúa como elemento dondequiera que ésta tiene lugar. Cuando se envidia a un hombre o un objeto, no se es ya del todo extraño a él, se ha alcanzado cierta conexión con él. Estamos a la vez más cerca y más lejos de lo que envidiamos que de aquellas cosas cuya posesión nos es indiferente. La envidia mide, por decirlo así, nuestra distancia de la cosa y esto implica siempre cierta lejanía junto con cierta pro-

Digitized by Google

ximidad. Lo indiferente, en cambio, está situado más allá de esa oposición. De tal suerte viene a integrar la envidia cierto apoderamiento ideal del objeto envidiado, como acontece con la felicidad peculiar que yace en el fondo de un amor infeliz. Este ingrediente obra a menudo de contraveneno que muchas veces evita las peores degeneraciones del sentimiento envidioso. Ahora bien, los contenidos de la moda ofrecen muy especial oportunidad para que nazca este matiz conciliador en la envidia, por la sencilla razón de que no están vedados de manera absoluta para nadie, antes bien, siempre es posible que un giro de la fortuna los conceda a quien, por el pronto, ha de atenerse a envidiarlos.

El frenético de la moda.

Esta misma estructura básica hace de la moda la palestra adecuada para individuos que carecen de íntima independencia, menesterosos de apoyo, pero que, a la vez, por

Digitized by Google

su orgullo, necesitan distinguirse, despertar atención y sentirse como algo aparte. A la postre, se trata de la misma constelación que lleva a algunos a complacerse en las banalidades que todo el mundo repite porque su repetición les proporciona el sentimiento de demostrar una listeza poco común que los encumbra sobre la masa—me refiero a las vulgaridades del tipo crítico, pesimista o paradójico—. La moda eleva al baladí, haciéndole representante de una colectividad, concreta incorporación de un espíritu común a muchos. Como según su concepto mismo es la moda una norma que no todos pueden cumplir, da simultáneamente posibilidad a una obediencia social y a una diferenciación individual. En el esclavo de la moda llegan las exigencias sociales de ésta a intensidad tal, que adquiere por completo el aspecto de algo individual y peculiar. Le caracteriza la exageración de las tendencias de moda más allá de la medida que los demás guardan: si se llevan zapatos puntiagudos, dará a los suyos rema-

Digitized by Google

tes como puntas de lanza; si son la moda cuellos altos, los usará hasta las orejas; si la moda va a oír las conferencias científicas, no habrá una donde no se le encuentre, etc. Consigue así dar a su conducta verdadera individualidad; pero nótese que esta individualidad consiste en la mera ampliación cuantitativa de elementos que, por su cualidad, son bien común del círculo respectivo. Va delante de los demás, pero por idéntico camino. Al representar en su persona la última extremidad a que en cada instante llega el gusto público, parece marchar a la cabeza de la sociedad. En rigor, vale para él lo que tantas veces define la relación entre individuos y grupos: que el guía es, en verdad, el guiado. Los tiempos democráticos favorecen evidentemente esta constelación, hasta el punto de haber declarado hombres como Bismarck y otros egregios jefes de partido de países constitucionales que por ser los guías de un grupo tenían que seguir a éste. La presunción del que exagera las modas viene a ser la cari-

Digitized by Google

catura de esta clase de relación entre individuo y colectividad que la democracia fomenta.

Pero es innegable que el frenético de las modas significa por su notoriedad, conseguida por medios puramente cuantitativos que fingen una diferencia cualitativa, un equilibrio muy original entre el impulso social y el individualizador. Esto nos explica la manía por la moda, incomprensible si se mira desde fuera, de personas sobremanera inteligentes y nada frívolas. Y es que les proporciona una combinación de relaciones con cosas y personas que, sin ella, sólo se dan por separado. Los factores que en este caso actúan son, no sólo la mezcla de distinción individual e igualdad social, sino, en forma por decirlo así más práctica, la coyunda del sentimiento dominador y el de sumisión, o, en otro giro, el principio masculino y el femenino. Precisamente, el hecho de que en la órbita de la moda la actuación de estos principios se verifica sólo como en un medio idealmente enrarecido, pues sólo se rea-

Digitized by Google

liza la pura forma de ambos en un contenido indiferente, da a aquélla un especial atractivo sobre naturalezas sensibles que no se las arreglan bien con la robusta realidad. El sesgo de vida que la moda inspira adquiere su peculiar carácter en una aniquilación continua de lo que se ha hecho o usado anteriormente, y posee una genuina unidad donde no es posible separar la satisfacción del instinto destructor y el instinto de gozar contenidos positivos.

La anti-moda.

Como no se trata de la importancia singular que cada cosa pueda poseer ni del logro concreto de esto o aquello, sino precisamente del juego entre lo uno y lo otro y su mutua contraposición, es evidente que la misma combinación obtenida por una extremada obediencia a la moda se consigue oponiéndose a ella. Quien se viste o comporta en estilo *demodé* cobra, sin duda,

Digitized by Google

cierto sentimiento de individualismo, pero no por auténtica calificación de su individualidad, sino por mera negación del ejemplo social. Si ir a la moda es imitación de ese ejemplo, ir deliberadamente *demodé* es imitar lo mismo, pero con signo inverso. No es, pues, la hostilidad a la moda menor testimonio del poder que sobre nosotros ejerce la tendencia social. En forma positiva o negativa, nos hace sus súbditos. La anti-moda preconcebida se comporta ante las cosas lo mismo que el frenético de la moda, sólo que rigiéndose por otra categoría: mientras éste exagera cada elemento, aquél lo niega. Hasta puede ocurrir que en círculos enteros, dentro de una amplia sociedad, llegue a ser moda el ir contra la moda. Es ésta una de las complicaciones de psicología social más curiosas. En ella primeramente el afán de distinción individual se contenta con una simple inversión del mimetismo social, y, en segundo lugar, nutre su energía apoyándose en un pequeño círculo del mismo tipo que el negado. Si se

Digitized by Google

formase una asociación de los enemigos de toda asociación, tendríamos un fenómeno no más imposible lógicamente ni psicológicamente más verosímil que el antedicho. Del mismo modo que se ha hecho del ateísmo una religión con idéntico fanatismo, igual intolerancia, igual satisfacción de sentimentales necesidades que la religión normal contiene; del mismo modo que el liberalismo con que fué derrocada una tiranía suele conducirse luego tan tiránica y violentamente como el vencido enemigo, aquel fenómeno del antimodismo tendencioso revela cuán predipuestas están las formas fundamentales de la vida para recibir los contenidos más contradictorios y mostrar su fuerza y su gracia precisamente en la negación de aquello a cuya afirmación parecían un momento antes irrevocablemente ligadas. Los temperamentos a que ahora nos referimos se afanan tras de valores donde lo único importante es ser igual y hacer lo mismo que los otros, pero de otra manera, síntesis que se obtiene muy fácilmente con cualquier

Digitized by Google

modificación formal de la misma cosa que la generalidad adopta.

Resulta, pues, a veces inexplicable resolver si en la compleja causa de ese antimodismo predomina el factor de la fortaleza o el de la debilidad personales. Puede engendrarse en la exigencia de no tener nada común con la muchedumbre, exigencia que ciertamente no implica verdadera independencia ante la muchedumdre, pero sí cierta íntima actitud soberana frente a ella. Puede también ser síntoma de una sensibilidad enclenque si el individuo teme no poder salvar su poco de individualidad acomodándose a las formas, gustos y reglas de la generalidad. La oposición contra ella no es siempre signo de reciedumbre personal. Más bien propende ésta, cuando es efectiva, a tal convencimiento de que es su valor singular e indestructible por toda externa connivencia, que no sólo se acomoda sin reparo a todas las formas comunales, la moda inclusive, sino que justamente en ese acatamiento parece cobrar plena conciencia de la

Digitized by Google

espontaneidad libérrima con que éste se otorga y de todas las energías sobrantes que más allá de él quedan.

La moda y la mujer.

La moda da expresión y como acento a las dos tendencias contrapuestas, igualamiento e individualización, al placer de imitar y al de distinguirse. Esto explica tal vez el hecho de que las mujeres en general sean muy especialmente secuaces de la moda. En efecto, la debilidad de la posición social a que las mujeres han estado condenadas durante la mayor porción de la Historia engendra en ellas una estricta adhesión a todo lo que es «buen uso», a todo lo «que es debido», a toda forma de vida generalmente aceptada y reconocida. Porque el débil elude la individualización, el descansar sobre *sí* mismo con todas las responsabilidades que esto acarrea. Le angustia la idea de tener que defenderse con sus

Digitized by Google

exclusivas fuerzas. Las formas típicas de vida le prestan un amparo, así como, viceversa, estorban la expansión de las fuerzas excepcionales con que cuenta el temperamento recio.

Sobre este terreno firme que crean el buen uso, la costumbre, la norma, el nivel medio, se esfuerzan las mujeres por conseguir la cantidad de singularización y realce de la pesonalidad que, dentro de él, es aún posible. La moda les ofrece a este efecto la más afortunada combinación; por un lado, constituye un círculo de imitación general, permite navegar tranquilamente por los grandes canales de la sociedad y descarga al individuo de la responsabilidad respecto a su gusto y conducta; por otro lado, da ocasión a distinguirse, a subrayar la personalidad mediante un atuendo individual.

Diríase que para cada clase de hombres y aun para cada individuo existe una proporcionalidad determinada entre el impulso de individualismo y el de inmersión en la colectividad, de suerte que si la expansión

Digitized by Google

de uno de ellos es estorbada en un orden de la vida, el impulso reprimido busca otro campo donde le sea colmada la medida. Ello es que también los datos históricos nos invitan a ver en la moda el ventilador, por decirlo así, donde irrumpe el afán de la mujer por distinguirse más o menos y destacar su persona singular, ya que en otros órdenes no le es dado satisfacerlo. En los siglos XIV y XV tiene lugar en Alemania un desarrollo de la individualidad sobremanera poderoso. Las organizaciones colectivistas de la Edad Media fueron quebrantadas por la liberación de las personas. Sin embargo, en este avance individualista no tuvieron puesto las mujeres; les fué rehusada la libertad de movimientos y de personal desarrollo. Buscan entonces una indemnización en las modas indumentarias más extravagantes e hipertróficas. Por el contrario, vemos que en la misma época las mujeres italianas gozan de toda amplitud y pleno margen para el desarrollo de su individualidad. Las mujeres del Renacimiento poseían tales

Digitized by Google

facilidades para cultivarse y actuar exteriormente, tales medios de diferenciación personal, que—muy bien puede decirse—no han vuelto a tenerlos durante centurias. La educación y la libertad de movimientos eran casi las mismas para ambos sexos, sobre todo en las clases superiores. Pues bien, tampoco se habla nada acerca de extravagancias notables en las modas femeninas de la Italia de entonces. La necesidad de comportarse en este orden con cierto individualismo y conseguir así una especie de distinción queda anulada porque el impulso que a esas cosas lleva había hallado en otras cabal satisfacción.

En general, la historia de las mujeres muestra que su vida exterior e interior, individual y colectivamente, ofrece tal monotonía, nivelación y homogeneidad, que necesitan entregarse más vivamente a la moda, donde todo es cambio y mutación, para añadir a su vida algún atractivo. Y esto, no sólo para encontrar ellas mejor sabor a la existencia, sino también para que los de-

Digitized by Google

más las encuentren a ellas más sabrosas.

Del mismo modo que entre el impulso individualizador y el colectivista, existe una determinada proporcionalidad entre nuestra necesidad por conservar un carácter homogéneo a nuestra vida y la que nos lleva a desear su variación. Estas necesidades son transferidas de uno a otro orden vital, y cuando les es vedada en un lado la congrua satisfacción, tratan de compensarse forzándola en otro.

Hablando en conjunto, es preciso reconocer que la mujer, comparada con el hombre, es por esencia más fiel. Mas justamente esta fidelidad, que en el orden sentimental representa la homogeneidad y unidad de la persona, exige, en virtud del susodicho contrabalanceo de las tendencias vitales, una mayor variación en otros órdenes menos céntricos. Al revés, el hombre, más infiel por naturaleza, guarda menos rigorosamente y con menor concentración de todos los intereses vitales el compromiso del lazo sentimental que una vez anudó. Por lo

Digitized by Google

mismo, no le es tan necesaria esa forma de cambio más externa. Hasta el punto de que la evitación de variaciones de orden externo y la indiferencia frente a las modas del talle exterior son específicamente masculinas. Y no porque posea un carácter más unificado, sino, al contrario, porque es más multiforme, puede prescindir de esas modificaciones meramente exteriores. Por esta razón, la mujer emancipada de nuestro tiempo, que quiere avecinarse a la índole varonil y participar de su mayor diferenciación, de su personalismo e inquietud, acentúa también su indiferencia hacia la moda.

Por otra parte, viene a ser la moda para la mujer el sustitutivo de la situación dentro de un gremio o clase que el hombre goza. Al fundirse éste con su gremio, entra, claro es, en un círculo de relativa nivelación; dentro de él es igual a otros muchos, quedando en cierto modo convertido en un mero ejemplar del tipo que ese estado u oficio representan. En cambio, y como si se tratase de una compensación, queda

Digitized by Google

aumentado con toda la importancia, con toda la fuerza material y social de ese estado; a su significación individual se agrega la de su participación en el gremio, la cual, a veces, cubre los defectos y deficiencias de la persona.

La moda efectúa esto mismo, bien que en área muy diferente: completa la significancia de la persona, su incapacidad para dar por sí misma forma individual a la existencia, con sólo hacerle miembro de un círculo que ella crea y que aparece ante la conciencia pública claramente definido y destacado. Claro es que también aquí queda inclusa la personalidad en un esquema genérico; pero este esquema tiene en el respecto social un matiz individual y sustituye por tanto, merced a este rodeo social, lo que la persona sería incapaz de conseguir por medios puramente individuales.

El curioso fenómeno de que sea a menudo la *demi-mondaine* quien abre la brecha para la nueva moda se origina en su manera de vivir, tan peculiarmente desraigada.

Digitized by Google

La existencia de paria a que se ve consignada por la sociedad suscita en ella, tácito o paladino, un terrible odio contra lo ya legitimado y firmemente establecido, odio que halla en su afán por formas de atuendo siempre nuevas su expresión relativamente más ingenua. En la continua aspiración hacia modas nuevas e inauditas; en el modo resuelto con que son apasionadamente abrazadas las más opuestas a las usadas, se reconoce el disfraz estético que adopta el instinto destructor alojado en todo paria cuando su intimidad no ha sido esclavizada por completo.

La moda como máscara.

Si intentamos ahora perseguir estas directivas del alma en sus últimas y más sutiles actuaciones, encontraremos siempre el mismo juego de antagonismos, el mismo esfuerzo por construir en proporcionalidades nuevas un equilibrio siempre roto. Es ciertamente esencial a la moda someter toda in-

Digitized by Google

dividualidad como a una tonsura igualitaria. Pero ello de suerte que nunca se apodera del hombre entero, sino que queda siempre en su exterioridad, aun no tratándose de modas puramente indumentarias.

La razón de ello es que la variabilidad en que la moda consiste se contrapone siempre al sentimiento permanente de nuestro yo. Este sentimiento cobra conciencia de su relativa duración precisamente en aquella contraposición, y viceversa: la variabilidad revela su carácter de tal y emana su peculiar atractivo en contraste con aquel elemento permanente. Todo ello indica que la moda se mantiene en la periferia de la personalidad, la cual se siente o al menos puede, en caso necesario, sentirse frente a ella como *pièce de résistence*.

Este sentido de la moda es el que la hace ser adoptada por hombres delicados y originales: usan de ella como de una máscara. La ciega obediencia a las normas del común en todo lo que es exterior les sirve deliberadamente de medio para reservar su

Digitized by Google

sensibilidad y gustos personales. Quieren a tal extremo guardar éstos para sí, que se resisten a manifestarlos haciéndolos asequibles a todos. Un delicado pudor, una exquisita resolución a no revelar por alguna peculiaridad del aspecto externo la peculiaridad de su íntimo ser son causa de que muchos temperamentos selectos se acojan a la nivelación ocultadora de la moda. Con ello se logra un triunfo del espíritu sobre las circunstancias de la vida, que, al menos en su forma, es uno de los más altos y sutiles, a saber: que el enemigo quede convertido en un auxiliar; que precisamente lo que parecía violentar a la personalidad sea libérrimamente aceptado en su beneficio. Porque la nivelación aplastante puede ser en la moda reducida a las capas más externas de la vida, sirviendo así de velo y amparo para todo lo íntimo, que queda en mayor libertad. El conflicto entre lo social y lo individual se allana aquí mediante una separación de zonas para ambos poderes. A este género de fenómenos pertenece cierta

Digitized by Google

trivialidad en las maneras y en la conversación tras de la cual hombres muy sensitivos y pudorosos suelen ocultar su alma individual.

Moda y vergüenza.

El pudor nace al notarse el individuo destacado sobre la generalidad. Se origina cuando sobreviene una acentuación del yo, un aumento de la atención de un círculo hacia la persona, que a ésta le parecen inoportunos. Por este motivo propenden los débiles y modestos a sentir vergüenza apenas se ven centro de la atención general. Dentro de su ánimo comienza entonces el sentimiento de su yo a oscilar penosamente entre la exaltación y la depresión. Y como este realce sobre los demás, fuente del pudor, es independiente del contenido particular que lo ocasiona, resulta que muchas veces se avergüenza uno de lo mejor y excelente. En lo que suele llamarse por antonomasia la «sociedad», es de buen tono la

Digitized by Google

banalidad, no sólo porque la mutua consideración haría parecer una falta de tacto que alguien se destacase con alguna manera individual y exclusiva que los demás no pudieran imitar, sino también por el temor a esa vergüenza que, como espontáneo castigo, acomete al que ha querido salirse del tono general en que todos pueden mantenerse. La moda, en cambio, permite destacarse a la persona de una manera que siempre parece adecuada. La manifestación más extravagante, si se pone de moda, libra al individuo de ese penoso reflejo que suele acometerle cuando se siente objeto de la atención de los demás.

Los actos de las masas se caracterizan por su desvergüenza. El individuo de una masa es capaz de hacer mil cosas que si se le propusieran en la soledad levantarían en él indomables resistencias. Uno de los fenómenos sociopsicológicos más curiosos en que se revela mejor el carácter de la masa es las impudorosidades que la moda a veces comete; si cada cual fuese individualmente soli-

Digitized by Google

citado a ellas, protestaría con indignación; pero presentadas como ley de la moda, son dócilmente seguidas. El pudor queda en la moda—que no es sino un acto de la masa—tan extinguido como el sentimiento de responsabilidad en los crímenes multitudinarios, crímenes ante los cuales el individuo aislado retrocedería con horror. En cuanto el factor individual de la situación predomina sobre el social o de moda, comienza de nuevo a actuar el pudor. Muchas mujeres se azorarían de presentarse en su cuarto y ante un solo hombre extraño con el descote que llevan a una reunión donde hay treinta o cien varones. Pero es que en una «reunión» la moda, el factor social, impera.

La liberación por la moda.

No es la moda sino una de las muchas formas que intenta el hombre para salvar en lo posible su libertad íntima, abandonando lo externo a la esclavitud social. Li-

Digitized by Google

bertad y sumisión son una de aquellas antítesis cuya lucha perpetua, cuyo ir y venir de un orden de la vida al otro, prestan a ésta mayor riqueza y amplitud que pudiera obtenerse con un equilibrio de ellas logrado de una vez para siempre. Sostenía Schopenhauer que corresponde a cada hombre una cantidad fija de dolor y placer: esta cantidad ni puede quedar falta ni sobrada, y en todas las variaciones y vaivenes de las circunstancias interiores y exteriores cambia sólo su forma. Parejamente, pero con menos misticismo, podía observarse en cada época, en cada clase, en cada individuo, una proporción constante de libertad y de sumisión frente a la cual sólo nos es dado cambiar las zonas en que sus dos elementos se reparten. Y el problema de una vida superior no es otro que procurar una repartición tal que los valores sustanciales de la vida consigan, mediante ella, su más favorable expansión. Una misma cantidad de libertad y sumisión puede en un caso fomentar sobremanera los valores morales, intelectuales,

Digitized by Google

estéticos, y en otro, sin previa variación cuantitativa, por un mero cambio de las áreas donde se distribuyen ambos factores, producir un efecto contrario. En general, puede decirse que el resultado más favorable para el valor total de la vida se logra cuando la irremediable sumisión es transferida todo lo posible a la periferia de la existencia, a sus exterioridades. Tal vez es Goethe en su última época el más claro ejemplo de una existencia magnífica que conquista un máximum de íntima liberación y conserva intactos sus centros vitales, merced a que aceptó la cantidad de sometimiento inevitable. Goethe se acomoda a los demás en todo lo exterior, practica estricta observancia de las formas y se inclina de grado ante las convenciones de la sociedad.

La moda, pareja en esto al derecho, actúa sólo sobre las exterioridades, sobre las facetas de nuestra vida orientadas hacia la sociedad. Esto hace de ella una forma social de una admirable utilidad. Ofrece al

Digitized by Google

hombre un esquema en que puede inequívocamente demostrar su sumisión al común, su docilidad a las normas que su época, su su clase, su círculo próximo le imponen; con ello compra toda la libertad posible en la vida y puede tanto mejor concentrarse en lo que le es esencial e íntimo.

La moda dentro del individuo.

Pero es curioso advertir que dentro del sujeto mismo y en materias donde nada tienen que ver las imposiciones sociales se produce también ese antagonismo entre la unificación igualitaria y el afán de destacarse que engendra la moda. En los fenómenos a que aludo se manifiesta el paralelismo muchas veces notado entre lo social y lo individual. Las relaciones que se dan entre individuos se repiten entre los elementos psíquicos de un solo sujeto.

Más o menos deliberadamente suele crearse el individuo ciertas maneras, cierto

Digitized by Google

estilo que por el ritmo de su manifestación, por su modo de resaltar y acentuarse, tiene el mismo carácter que la moda. Sobre todo la gente joven presenta a veces una manera extravagante y súbita de interesarse injustificadamente por algo que tiraniza todo su ámbito espiritual, y a poco desaparece no menos irracionalmente. Podría calificarse esto como una moda personal, caso límite de la moda social. Procede, por una parte, de la necesidad individual de distinción, es decir, de la misma tendencia que actúa en la moda social. Por otra parte, la necesidad de imitar, de buscar lo homogéneo, de fundirse con la generalidad, se satisface aquí dentro del mismo individuo. La concentración de la propia conciencia hacia aquella forma o contenido da a todo el ser un matiz homogéneo, lo unifica mediante una especie de imitación de sí mismo.

En círculos reducidos se observa a menudo un estadio intermediario entre la moda individual y social. Hombres banales suelen adoptar una expresión—casi siempre la

Digitized by Google

misma los de un grupo—que emplean constantemente, venga o no a pelo. Esto es, de un lado, moda de grupo; pero de otro, moda individual, porque significa que el individuo ha sometido a esa fórmula la totalidad de sus representaciones. La individualidad de las cosas es brutalmente allanada y borrados los matices por esa única manera de calificar todo. Por ejemplo, cuando a todo lo que agrada, sea cualquiera el motivo, se le llama *chic* o «estupendo». De esta suerte queda sometido a una moda el mundo interior del sujeto, repitiéndose dentro de él la forma que toma un grupo influído por una moda. La semejanza entre ambos fenómenos es más aguda si se atiende a la absurdidad de tales modas íntimas, que revela el predominio del momento unificador, puramente formal, sobre los motivos racionales y objetivos. Del mismo modo, ocurre que para muchas gentes y círculos lo único importante es que sean dominados por una fuerza unitaria; la cuestión de cuál sea y qué valor contenga ese poder dominante es de or-

Digitized by Google

den secundario. Pero no puede negarse que esa violencia hecha a las cosas al designarlas con una sola expresión de moda, al igualarlas y nivelarlas, cubriéndolas con la categoría única que se arroja sobre ella, proporciona al individuo un raro sentimiento de soberanía y prepotencia. El yo queda acentuado, exaltado, frente a ellas.

Este fenómeno, que presentado así toma un aire de caricatura, puede observarse más moderado en casi todas las relaciones del hombre con los objetos. Sólo los hombres verdaderamente grandes sienten lo más hondo y enérgico de su yo cuando respetan la individualidad propia a cada cosa.

Frente al poder insuperable del cosmos, frente a su gesto de independencia e indiferencia, el alma siente una inevitable hostilidad. De ésta han nacido los esfuerzos más sublimes y meritorios de la humanidad, pero también los ensayos para conseguir una dominación meramente externa y ficticia sobre las cosas. El yo se afirma frente a ellas no aceptando y dando forma a su energía pe-

Digitized by Google

culiar, no reconociendo su individualidad para luego servirse de ellas, sino forzándolas a entrar en un esquema subjetivo. Con ello, claro está, no logra un positivo señorío sobre las cosas, sino sólo sobre su propia y fraudulenta fantasía. El sentimiento de poderío que, no obstante, tal ficción provoca, revela su falta de fundamento, su ilusionismo, en la rapidez con que pasan esas expresiones de moda. Es tan ilusionario como el sentimiento de íntima unidad que parecía fundarse en esa esquematización de las fórmulas y giros.

Moda rápida, moda barata.

De nuestro análisis resulta que es la moda una peculiar convergencia de las dimensiones vitales más diversas; que es un complejo donde, más o menos, todas las tendencias antagónicas del alma están representadas. Esto hace comprensible que el ritmo general con que se mueve cada indi-

Digitized by Google

viduo y cada grupo influya también en su relación con la moda. Las distintas capas de un cuerpo social se comportan diferentemente respecto a la moda por el mero hecho de que sus procesos vitales se desenvuelven en *tempo* conservador o retardatario, o en rauda variabilidad, cualesquiera sean esos procesos y las posibilidades externas del grupo. Así, las masas inferiores son menos móviles y evolucionan más lentamente. Por otra parte, sabido es que las clases superiores son conservadoras y hasta arcaizantes. Suelen temer todo movimiento, toda variación, no porque el contenido de éstos les sea antipático o nocivo, sino simplemente porque es variación y les parece sospechoso y de peligro todo cambio del común, que, en su actual constitución, les asegura la posición más favorable. Ningún cambio puede aumentar su poder; de cualquiera que él sea, más bien podrán temer que esperar. Por esta razón, la verdadera variabilidad en la vida histórica proviene de la clase media. La historia de

Digitized by Google

los movimientos sociales y de cultura ha adquirido muy otra aceleración desde que el *tiers état* dirige la sociedad. Esta es la causa de que la moda, forma de los cambios y contraposiciones vitales, se haya hecho en los últimos tiempos más inquieta y de más amplia influencia. Además, el cambio frecuente en las modas significa una terrible esclavización del individuo, y, por lo mismo, es uno de los complementos necesarios para una madura libertad política y social. Una forma de la vida en cuyos contenidos es el momento de culminación a la par el de su decadencia—y esto acaece en las modas—, tiene que encontrar su propia sede en una clase que, como la media, es tan variable, de ritmo tan inquieto, en tanto que las capas inferiores están dominadas por un oscuro, inconsciente conservatismo, y las superiores por el suyo, no menos terco, pero más deliberado. Clases e individuos que se afanan tras un cambio incesante, que a la velocidad misma de su proceso interior deben su aventajamiento sobre los demás,

Digitized by Google

han de encontrar en la moda el mismo *tempo* de sus movimientos psíquicos. Basta aquí con aludir al conjunto de motivos históricos y psicosociales que hacen de la gran ciudad el ámbito más propicio para la moda: la infiel vertiginosidad en el cambio de impresiones y circunstancias; la nivelación y, simultáneamente, la acentuación de las individualidades; la condensación de las personas en poco espacio, que hace forzosa cierta reserva y distancia. Sobre todo el progreso económico de las capas inferiores, que en las ciudades marcha con rápido compás, habrá de favorecer la mutación vertiginosa de las modas, que hace posible a los menores una pronta imitación de los más altos. Con esto adquiere insospechada amplitud y vivacidad el proceso complementario que antes hemos descrito: la clase superior abandona la moda en el momento que se apodera de ella la inferior.

Pero, sobre todo, esta vertiginosidad en la variación trae consigo una mayor baratura de las modas que modera inevitablemen-

Digitized by Google

te su extravagancia. No hay duda que las modernas son menos extravagantes que las de otros tiempos, en que la carestía de su adquisición y la laboriosa reforma de gusto y maneras era compensada por una mayor duración de su reinado. Cuanto más rápido es para un artículo el cambio de la moda, mayor es la demanda de baratura en los productos de su especie. Y es que, en primer lugar, las clases menos ricas pero más numerosas tienen capacidad de compra muy suficiente para arrastrar tras sí la mayor parte de la industria, dando ocasión a que se produzcan objetos que, cuando menos, finjan las verdaderas modas. Pero, además, las capas superiores de la sociedad no podrían seguir la rauda variación a que el empuje de las inferiores las obliga si los objetos de la nueva moda no fuesen relativamente baratos. Resulta, pues, un curioso círculo. Cuanto más de prisa cambia la moda, más baratas tienen que ser las cosas, y cuanto más baratas son éstas, tanto más incitan a los consumidores para cambiar de

Digitized by Google

moda, tanto más obligan a los productores para crearlas.

Moda y eternidad.

Lo más peregrino es que, frente a este su carácter fugitivo, tiene la moda la propiedad de que cada nueva moda se presenta con aire de cosa que va a ser eterna. El que se compra un mobiliario que va a durar un cuarto de siglo suele elegirlo a la última moda y desdeña por completo lo que era moda dos años antes. Y el caso es que, al cabo de otros dos años, la atracción de moda que ese mobiliario tiene hoy se habrá evaporado, como ha acaecido con el de ayer, y el agrado o desagrado que ambos produzcan a la postre depende de consideraciones prácticas ajenas a la moda. Parece imperar aquí, por tanto, un proceso psicológico muy peculiar. Existe siempre una moda, y como tal concepto genérico, como *factum* universal de la moda, es, sin duda, inmortal. Esta inmortalidad del género parece refle-

Digitized by Google

jarse sutilmente sobre cada una de sus manifestaciones, a pesar de que el destino de cada una es precisamente no ser imperecedera. El hecho de que el cambio mismo no cambia presta a cada uno de los objetos en que se cumple cierta aureola de perdurabilidad.

Este carácter de permanencia en el cambio aparece, en cada objeto de moda, en virtud de otro mecanismo. A la moda, ciertamente, lo que le importa es variar; pero, como en todo lo demás del mundo, hay en ella una tendencia a economizar esfuerzo; trata de lograr sus fines lo más ampliamente posible, pero, a la vez, con los medios más escasos que sea dado; de suerte que ha podido compararse su ruta con un círculo. Por este motivo, recae siempre en formas anteriores, cosa bien clara en las modas del vestir. Apenas una moda pasada se ha borrado de la memoria, no hay razón para no rehabilitarla. La que la ha seguido atraía por su contraste con ella; al ser olvidada permite renovar este placer de contraste oponiéndola

Digitized by Google

a su vez a la que por la misma causa le fué preferida.

Por lo demás, este poder de movilidad que nutre a la moda no es tan ilimitado que permita someter a él igualmente todas las cosas de la vida. Aun en las zonas dominadas por la moda, no todo es parejamente idóneo para convertirse en moda. Es algo semejante a la diferente capacidad que ofrecen los objetos de la intuición externa para ser transformados en obras de arte. Es una opinión seductora, pero ni sostenible ni profunda, la de que todas las cosas de la realidad contengan idéntica aptitud para servir de objetos al arte. Las formas artísticas no se hallan de ningún modo situadas en una imparcial aptitud sobre todos los contenidos de la realidad. Condicionadas por mil azares históricos, se han desarrollado a veces unilateralmente bajo el imperio de perfecciones e imperfecciones técnicas. Lejos de aquella imparcial indiferencia, guardan una relación más estrecha con tales o cuales objetos: unas cosas, como preformadas nativa-

Digitized by Google

mente para ciertas formas artísticas, entran sin dificultad en ellas; otras se resisten tercamente, como opuestas por naturaleza a ser modeladas en aquellas formas. La soberanía del arte no significa en manera alguna la capacidad de abarcar igualmente todos los contenidos de la existencia. Fué éste un error del naturalismo y de muchas teorías idealistas.

Lo afín y lo indócil a la moda.

La moda puede, aparentemente y en abstracto, recibir en sí cualquier contenido. Cualquiera forma concreta de traje, de arte, de maneras, de opiniones, puede ponerse de moda. Y, sin embargo, yace en la íntima esencia de ciertas cosas una peculiar disposición para caer en la moda que contrasta con la resistencia no menos íntima que otras revelan. Así, por ejemplo, todo lo que se llama «clásico» parece estar relativamente lejano y como extraño a la moda, aunque no la eluda por completo. Y es que la

Digitized by Google

esencia de lo clásico consiste en una concentración de los elementos en torno a un centro inmóvil. El clasicismo es siempre como recogido en sí mismo, y, por decirlo así, carece de puntos flacos donde pueda prender la modificación, el rompimiento de equilibrio, el aniquilamiento. Es característico de la plástica clásica la contención de los miembros. El conjunto está dominado absolutamente desde el interior; el espíritu del todo mantiene en su poder cada trozo con igual plenitud. Por esta razón suele hablarse de la «tranquilidad clásica» del arte griego. Se debe exclusivamente a esa concentración del objeto, que no permite a ninguna de sus partes ponerse en relación con fuerzas y destinos extraños a él, dando la impresión de que tal objeto se halla inmune a las mudables influencias de la existencia universal. Por el contrario, todo lo barroco, desmesurado, extremoso, propende íntimamente a la moda. Sobre cosas de este tipo no parece caer la moda como un sino extranjero, sino que viene a

Digitized by Google

ser la expresión histórica de sus propiedades internas. Los miembros disparados de la estatua barroca están siempre como en peligro de quebrarse. La vida interior de la figura no los domina suficientemente, sino que los abandona a los azares de la realidad externa. Las creaciones barrocas llevan en sí mismas esa inquietud, esa accidentalidad, esa sumisión al momentáneo impulso que la moda realiza en la vida social. Añádase que las formas excesivas, caprichosas, de individualidad muy acusada, fatigan muy pronto y hasta fisiológicamente impelen a esas variaciones que en la moda encuentran esquema adecuado. Yace aquí una de las más profundas relaciones que entre lo clásico y lo «natural» suele advertirse. El concepto de lo «natural» es ciertamente vago e induce con frecuencia a errores; pero cabe por lo menos usar de él por su lado negativo y decir que ciertas formas, propensiones, ideas, no pretenden el título de «naturales». Pues bien, éstas serán las que caigan más fácilmente bajo el dominio cambiante de la

Digitized by Google

moda, ya que les falta esa conexión con el centro permanente de las cosas y la vida que justificaría la pretensión de perdurabilidad. La moda de que las mujeres se comportasen y se las tratase como hombres y los hombres como mujeres llegó a la corte de Luis XIV por su cuñada la princesa palatina Isabel Carlota, que era una personalidad completamente varonil. Es evidente que costumbre tal sólo puede vivir como moda fugazmente, porque supone un alejamiento excesivo de aquella imprescindible sustancia de las relaciones humanas a que inevitablemente tiene que volver siempre la forma de la vida. No puede decirse que la moda sea una cosa antinatural—puesto que la forma vital de la moda es natural al hombre en cuanto ser sociable—; pero cabe en cambio decir que lo antinatural puede llegar a subsistir, al menos en forma de moda.

Digitized by Google

LO MASCULINO Y LO FEMENINO

PARA UNA PSICOLOGÍA DE LOS SEXOS

Digitized by Google

Digitized by Google

Imposibilidad de un juicio imparcial acerca de la mujer.

CUANDO queremos comprender el sentido y valor de un elemento cualquiera de nuestra vida interna—o de aquellos otros órdenes que dependen de la relación cognoscitiva y activa entre nuestra interioridad y el mundo—, procedemos generalmente estudiando su relación con otro elemento, que, a su vez, se define relativamente al primero.

Pero ambos términos no permanecen siempre en esta correlatividad; acaece que uno de ellos, alternando con el otro, se convierte pronto en algo absoluto que sustenta la relación y le impone su norma. Todas

Digitized by Google

las grandes parejas que se dan en el espíritu —yo y el mundo, sujeto y objeto, individuo y sociedad, reposo y movimiento, materia y forma, y muchas otras más—han corrido la misma suerte. Uno de los términos ha adquirido un sentido amplio y profundo que abraza, no sólo la propia significación estricta, sino también la del término contrario.

La relación fundamental en la vida de nuestra especie es la de lo masculino y lo femenino. También aquí se verifica ese encumbramiento típico de uno de los dos términos a significación absoluta. Para estimar la productividad y la índole, la intensidad y las maneras de manifestarse del varón y de la mujer, recurrimos a determinadas normas de esos valores. Pero esas normas no son neutrales, no se ciernen a igual distancia de los opuestos sexos, sino que pertenecen íntegras a la masculinidad. Prescindo por ahora de las excepciones, inversiones y desviaciones de este método. Las necesidades artísticas y patrióticas, la moralidad ge-

Digitized by Google

neral y las ideas sociales particulares, la equidad del juicio práctico y la objetividad del conocimiento teorético, la fuerza y profundidad de la vida, todas estas categorías son, sin duda, por igual humanas en su forma y en sus exigencias, pero íntegramente masculinas en su aspecto histórico y efectivo. Si a estas ideas que nos aparecen como absolutas les damos el nombre de «lo objetivo», puede considerarse como válida, en la vida histórica de nuestra especie, la ecuación siguiente: objetivo = masculino. Arraigada en razones metafísicas, existe, pues, cierta tendencia general humana a destacar uno de cada dos conceptos contrapuestos —que reciben por comparación mutua su sentido y valor—y, tomándolo en una significación absoluta, encumbrarlo por encima de la contraposición o equilibrio de ambas nociones. Esta tendencia se ha construído un paradigma histórico en la relación fundamental de los sexos.

El sexo masculino no se limita a ocupar una posición superior al femenino; conviér-

Digitized by Google

tese, además, en el representante de la humanidad en general, dictando normas por igual aplicables a las manifestaciones de la masculinidad y de la feminidad. En muchos casos, explícase esto por la *posición de fuerza* que el varón ocupa. Si, groseramente, definimos la relación histórica de los sexos como la que media entre el señor y el esclavo, habremos de considerar como un privilegio del señor la posibilidad de no pensar siempre en que es señor; en cambio, la posición del esclavo es tal, que nunca puede olvidar que es esclavo. No cabe duda de que la mujer pierde la conciencia de su feminidad con mucha menos frecuencia que el hombre la de su masculinidad. Innumerables veces le acontece al hombre pensar en pura objetividad, sin que su varonía ocupe el más mínimo lugar entre sus sensaciones; en cambio, dijérase que a la mujer no la abandona jamás el sentimiento más o menos claro de que es mujer, y este sentimiento constituye como el fondo continuo sobre el cual se destacan para ella

Digitized by Google

todos los contenidos de su vida. Al imaginar y representar, al crear normas y obras, al combinar sentimientos, el elemento diferencial del hombre, la masculinidad, desaparece de la conciencia masculina más fácilmente que la feminidad de la conciencia femenina. En efecto, el hombre es el señor, y se entrega a sus actividades sin poner en su relación con la mujer un interés tan vital como el que la mujer siente en su relación con el hombre. Por eso las manifestaciones viriles nos parecen cernerse en la esfera de una objetividad y validez ultraespecífica y neutral, a la que subordinamos como rasgo individual y fortuito todo matiz específicamente masculino que pudiera notarse. Esto se revela en el caso frecuentísimo de sentir las mujeres como tal y netamente masculinos ciertos juicios, instituciones, afanes e intereses que los hombres consideran—no sin ingenuidad—como puramente objetivos. Mas el dominio del varón sobre la hembra sirve también de fundamento a otra tendencia que conduce a

Digitized by Google

idénticos resultados. Toda dominación fundada en la prepotencia subjetiva ha intentado siempre procurarse una base objetiva, esto es, transformar la fuerza en derecho. La historia de la política, del sacerdocio, de las constituciones económicas, del derecho familiar, está llena de ejemplos. Si la voluntad del *pater familias* impuesta a la casa aparece revestida con el manto de la «autoridad», ya no es posible considerarla como explotación caprichosa de la fuerza, sino como expresión de una legalidad objetiva, orientada hacia los intereses generales, impersonales, de la familia. Según esta analogía, y a veces en esta misma conexión, la superioridad psicológica de las manifestaciones masculinas sobre las femeninas, en virtud de la relación de dominio entre el hombre y la mujer, se convierte en una superioridad, por decirlo así, lógica. Lo que el hombre hace, dice, piensa, aspira a tener la significación de una norma, porque revela la verdad y exactitud objetivas, válidas por igual para todos, hombres y mujeres.

Digitized by Google

Elevado así lo masculino a la categoría de objetividad integral y criterio cierto—y no sólo por su vigencia empírica, sino en el sentido de que las ideas y necesidades ideales del varón y para el varón se transforman en absolutas y asexuadas—, resultan de aquí fatales consecuencias para el juicio sobre las mujeres. Sobreviene, por una parte, la supervaloración mística de la mujer; pues si llegamos al sentimiento de que, a pesar de todo, la mujer tiene una existencia propia con bases independientes, normativas, nos faltarán criterios especiales para ella y quedará abierta la puerta a todo exceso y reverencia ante lo desconocido, lo incomprendido. Por otra parte, empero, surgirán, muy próximos también, los errores y desestimaciones, porque juzgaremos a la mujer según criterios creados para el sexo contrario. Desde el punto de vista masculino, no es, pues, posible reconocer la independencia del principio femenino. Si no se tratase más que de un sometimiento brutal impuesto a las manifestaciones de lo feme-

Digitized by Google

nino—en su ser y valer—por las manifestaciones de lo masculino situadas en el mismo plano, cabría siempre esperar justicia de una segunda instancia espiritual, de un tribunal superior a ambos términos opuestos. Pero es el caso que este tribunal superior es, a su vez, también, de índole masculina. No hay, pues, solución. La feminidad no puede nunca ser juzgada por normas propias. De esta suerte, la mujer queda sometida al mismo tiempo a dos medidas distintas y ambas de origen masculino; una es la medida absoluta—formada por los criterios de los hombres—que se aplica a las actividades de la mujer, a sus convicciones, a los contenidos teoréticos y prácticos de su vida; otra es la medida relativa, que también procede de la prerrogativa del hombre y que muchas veces formula exigencias totalmente opuestas. El hombre exige de la mujer, no sólo lo que le parece deseable en general, sino también lo que le parece deseable como hombre, como término aislado y contrapuesto a la mujer; exige de ella la feminidad en

Digitized by Google

el sentido tradicional de la palabra, que no significa un modo de ser peculiar, con su centro propio, sino una índole especial, orientada hacia el varón para agradarle, servirle y completarle.

La prerrogativa de los hombres impone, pues, a las mujeres dos criterios: el masculino, que se presenta como objetivo y asexuado, y el femenino específico, que es correlativo y muchas veces contradictorio de aquél. Así resulta que, en puridad, la mujer no puede ser juzgada imparcialmente desde ningún punto de vista. Por eso es tan corriente—y tan banal y justificada—la actitud de crítica burlona ante las mujeres. En efecto, cuando, de conformidad con uno de los dos criterios, las consideramos estimables, surge al punto el criterio opuesto, que nos obliga a desestimarlas en idéntica proporción. Esta duplicidad de exigencias contrarias se propaga, conservando, por decirlo así, su forma y cambiando sólo sus dimensiones; penetra hasta en la necesidad íntima con que el hombre, como individuo, se

Digitized by Google

dirige a la mujer. El hombre es—veremos más adelante las consecuencias profundas de este hecho—un ente dispuesto y definido, tanto en lo interno como en lo externo, para la división y por la división del trabajo. La individualidad masculina, que produce seres unilateralizados, buscará, pues, en la mujer el complemento de sus cualidades, es decir, buscará en ella otro ser diferenciado que realice ese complemento en los grados más varios, desde la igualdad aproximada hasta la radical oposición; el particularismo propio de la individualidad masculina exige un particularismo correlativo de la mujer. Mas, por otra parte, una vida de forma muy diferenciada exige también como complemento y correlato un ser en quien la vida sea unidad, un ser que no destaque ni acentúe ningún contenido preferente, un ser que arraige en el fondo indiferenciado de la naturaleza misma. El sino fatal de las individualidades vigorosamente especializadas es que formulan muchas veces con igual energía dos exigencias contradictorias; por

Digitized by Google

una parte, demandan el apoyo de otras individualidades también marcadas y particulares, aunque, por decirlo así, de signo y contenido contrarios y, por otra parte, aspiran a una anulación total de la diferenciación. La vida masculina, con sus contenidos particulares y su forma universal, requiere para su complemento, sosiego y salvación dos correlatos contradictorios. El problema, y aun la tragedia más o menos larvada en las relaciones de ambos sexos, consiste en que el hombre acepta como cosa evidente que la mujer le satisfaga una de esas dos necesidades, y, en cambio, su conciencia se alborota al ver insatisfecha la otra, que no puede, lógicamente, hallar satisfacción simultánea. Las mujeres de feminidad, por decirlo así, genial son las únicas que pueden actuar al mismo tiempo como individualidades diferenciadas y como unidades indistintas, conservando en las capas más profundas de su ser las energías vivas de todas las formas particulares. Estas mujeres geniales son como las grandes obras

Digitized by Google

de arte, cuyos efectos presentan la misma duplicidad, indiferente a la contradicción lógica. En los casos típicos, es ésta, sin embargo, lo bastante fuerte para que, al cambiar el punto de vista de la necesidad, aparezca la mujer siempre como el ente sobre quien el hombre tiene el derecho de exigir y juzgar desde la cumbre de la norma objetiva.

Sexualidad centrípeta y sexualidad centrífuga.

Esta evolución histórica que acabamos de indicar es la expresión externa de una determinación interna, que tiene su fundamento suprahistórico en la diferencia misma de los sexos. En todas estas manifestaciones, lo decisivo es siempre el motivo señalado más arriba; la diferencia de los sexos, que aparentemente significa una relación entre dos partidos contrapuestos y lógicamente iguales, es, sin embargo, para la mujer algo más importante que para el hombre.

Digitized by Google

Lo típico de la mujer es que, para ella, el hecho de ser mujer es más esencial que para el hombre el hecho de ser hombre. Para el hombre, la sexualidad consiste, por decirlo así, en hacer; para la mujer, en ser. Pero, sin embargo, o más bien por eso mismo, la *diferencia* entre los sexos es para la mujer, en realidad, cosa secundaria. La mujer descansa en su feminidad como en una sustancia absoluta, y—dicho sea con expresión algo paradójica—le es indiferente que haya o no haya hombres. En cambio, el hombre ignora esa sexualidad centrípeta, que se basta a sí misma. La virilidad—en el sentido sexual—está más generalmente adscrita a la relación con la mujer que la feminidad a la relación con el hombre. Mas nos cuesta trabajo, no ya sólo admitir, pero incluso comprender esto, porque viene a contradecir la ingenua opinión que precisamente hemos puesto en tela de juicio, la opinión de que la feminidad es sólo un fenómeno de relación con el hombre, y de que, si esta relación desapareciese, no que-

Digitized by Google

daría nada. Y, en efecto, no quedaría un «ser humano» natural; quedaría una mujer. La sexualidad de la mujer es algo sustantivo e independiente. Demuéstralo, sobre todo, el hecho de que el embarazo transcurre sin ulteriores relaciones con el hombre; y en las épocas primitivas de la humanidad, es notorio que hubo de pasar mucho tiempo antes de que se reconociese en el acto sexual la causa del embarazo. En la vida de la mujer se identifican profundamente el ser y el sexo. La mujer se encierra en su sexualidad, absolutamente determinada, determinada *en sí misma*, sin necesidad de referir al otro sexo la esencialidad de su carácter propio. Por eso, desde otro punto de vista, en la manifestación histórica particular esa relación con el hombre le aparece a la mujer como importantísima, como, por decirlo así, el lugar sociológico de su ser metafísico. En cambio, al hombre, cuya sexualidad específica no se actualiza más que en la relación con la mujer, esa relación le aparece como un elemento de la vida entre otros,

Digitized by Google

sin el carácter indeleble que para la mujer posee. Y la relación del hombre con la mujer, a pesar de su importancia decisiva en la sexualidad masculina, carece para el hombre de la trascendencia vital que la mujer le atribuye. La conducta típica de uno y otro sexo es notoriamente ésta: la satisfacción del apetito sexual tiende a desligar al hombre de la relación y a mantener a la mujer en la relación. Patentes están las razones externas. Satisfecho el deseo, desaparece para el hombre el motivo que le impulsaba hacia la mujer. En cambio, el embarazo produce en la mujer la necesidad de un apoyo y protección. Pero el esquema general es el siguiente: Para el hombre, la cuestión sexual es un problema de relación, que desaparece tan pronto como cesa su interés en la relación; la índole absoluta del varón no va adherida a su sexo. Para la mujer, en cambio, trátase de una cuestión de esencia que, secundariamente, hace intervenir su índole absoluta en la relación creada. Sin duda, hay hombres cuya

Digitized by Google

vida erótica termina en la locura o en el suicidio; sin embargo, sienten que, en lo profundo, el erotismo les es ajeno—en la medida en que puede hablarse de estas cosas, cuya demostración no cabe aprontar. Las confesiones mismas de hombres tan eróticos como Miguel Angel, Goethe, Ricardo Wagner encierran no pocas imponderables alusiones a ese rango inferior que al erotismo correspondía en su vida interna.

La realidad absoluta que representan la sexualidad o el erotismo tomados como principio cósmico, se convierte para el hombre en mera relación con la mujer. La relación entre los sexos se convierte, en cambio, para la mujer en lo absoluto, en la esencia misma de su ser. Y el resultado final de esta constelación es, por un lado, el sentimiento tan frecuente de que la más integral entrega de una mujer no nos descubre nunca el último reducto de su alma—porque la mujer es sexo *en sí*, y no sólo en su relación con el hombre. Dijérase que, aun en el caso de la más completa entrega, con-

Digitized by Google

serva la mujer una última reserva de su alma, como si hubiese en ella un secreto pertenecerse a sí misma, una misteriosa clausura dentro de su propio ser que ciertamente, al entregarse toda, no excluye del canje posesorio hecho con el hombre, pero que, aun librado, no queda franco para éste, sino que, puesto en propiedad del otro, sigue ligado a su raíz y arcana zona primitivas. Este modo de ser, que en la realidad es muy sencillo, tórnase al expresarlo en conceptos algo difícil y confuso. El hombre imprime a su vida y a su actividad la forma objetiva, elevándolas así por encima de la oposición entre los sexos; por eso para él la sexualidad es simplemente la relación con las mujeres. Pero la mujer, cuya esencia penetra en los fundamentos mismos de la feminidad; la mujer, que se identifica con la feminidad misma, considera el sexo como algo absoluto, como algo que es por sí aparte, y la relación con el hombre, como una simple manifestación externa, realización empírica de la sexualidad. Ahora bien, dentro de su

Digitized by Google

esfera, esa relación—puesto que es el fenómeno en que se manifiesta el ser fundamental de la mujer—posee para ella una importancia incomparable, y ésta es la causa que ha producido el juicio profundamente erróneo de que la esencia de la mujer no descansa en sí misma, sino que se agota y confunde con esa *relación*. La mujer no necesita del hombre *in genere*, porque, por decirlo así, tiene en sí misma su vida sexual, que es su esencia absoluta y cerradá. Pero, en cambio, cuando esa esencia ha de manifestarse en realidad empírica, entonces, y con tanta mayor energía, necesita la mujer del hombre como *individuo*. El hombre, más dócil a la excitación sexual, porque no se trata para él de poner en movimiento la totalidad de su ser, sino simplemente de una función parcial, obedece fácilmente a la atracción genérica. Así se comprende que la mujer se oriente hacia un individuo en particular, mientras que el hombre desea a la mujer en general.

Digitized by Google

Naturaleza profunda de la sexualidad femenina.

Esta fundamental estructura nos explica por qué el instinto psicológico ha considerado siempre a la mujer como el ser eminentemente sexual, y por qué, en cambio, las mujeres mismas se rebelan tan a menudo contra ese concepto y sienten lo infundado de esa denominación. Cuando se dice que la mujer es un ser eminentemente sexual, se entiende este calificativo en el sentido masculino, esto es, en el sentido de un ser que, en su base primaria, se halla orientado hacia el otro sexo. Pero lo típico de la mujer no es eso. En la mujer, la sexualidad se confunde con su naturaleza profunda, constituye su esencia prima harto inmediata y absolutamente para que necesite manifestarse o realizarse en la tendencia hacia el hombre o como tendencia hacia el hombre. El ejemplo más claro de esto es quizá la imagen

Digitized by Google

de la mujer entrada en años. La mujer franquea los últimos límites del estímulo sexual, tanto en el sentido pasivo como en el activo, a una edad mucho más temprana que el hombre. Pues bien; si prescindimos de rarísimas excepciones y de las decrepitudes que trae consigo la ancianidad, la mujer no se varoniliza por eso, ni—lo que es más importante aún—pierde por eso su sexo. Cuando se ha extinguido en ella toda sexualidad propiamente dicha, es decir, toda la sexualidad orientada hacia el varón, la mujer conserva, sin embargo, indeleble el sello femenino en su persona. Todo cuanto hasta entonces semejaba regirse y explicarse en ella por la relación con el hombre, aparece ahora como algo que trasciende de esa relación, como algo que ella posee en sí misma, que ella determina por sí misma. Por eso, a mi juicio, no se agota tampoco el sentido de lo femenino cuando, en lugar de la relación con el hombre, se acude a la relación con el niño como último esclarecimiento.

Sin duda, no es discutible la importancia

Digitized by Google

inmensa que esta relación, como la anterior, tiene para la mujer. Pero, en su sentido corriente, es una definición desde el punto de vista del interés social; es una variante de aquella otra posición de la mujer en un nexo de finalidades ajenas; en el mejor caso, es una proyección de su propia única sustancia en la serie del tiempo y en una muchedumbre situada fuera de ella. En efecto, de la generación futura hay que separar los elementos femeninos, que no son considerados como fines, sino como medios para la otra generación posterior; y como el mismo juego se repite de generación en generación, resulta que sólo los elementos masculinos quedan como fines últimos a que tiende todo el desenvolvimiento de la especie. Esta consecuencia lógica demuestra, pues, que todas esas relaciones son simples *formas manifestativas* de la feminidad metafísica y que en ellas no se agota la esencia conclusa y centrada de la mujer. Sin duda, esa esencia es femenina hasta en sus más profundas profundidades; pero esa feminidad, al manifes-

Digitized by Google

tarse, cambia de sentido; esa feminidad no es algo relativo, algo «para otros». Ni es tampoco un egoísmo—dicho sea para prevenir posibles errores—; porque el egoísmo es siempre una relación con otros, una insatisfacción de sí mismo, una inquisición de lo que hay fuera del yo para incorporarlo al yo. Pese a la opinión popular, afirmamos que la esencia profunda del hombre propende más que la de la mujer a ofrecerse como medio y abandonar el centro propio. El hombre crea lo objetivo o actúa en lo objetivo, bien por las formas cognoscitivas de la representación, bien por la transformación creadora de elementos dados. Su ideal teorético, como su ideal práctico, contiene un elemento de despersonalización, de enajenarse a sí mismo. El hombre se desenvuelve siempre en un mundo extensivo, por cuanto consigue introducir en él su personalidad; se injerta con sus actos en órdenes históricos, en los cuales, pese a su poderío y soberanía, vale sólo como parte e instrumento. Muy otra, en cambio, es la mujer. La sus-

Digitized by Google

tancia femenina se asienta en supuestos puramente intensivos. La mujer es quizás en su periferia más accesible que el hombre al desconcierto y la destrucción. Pero, por muy estrecha que sea en ella la unión entre lo central y lo periférico—y precisamente esa estrecha unión entre la esencia central y la periferia es el esquema fundamental de toda psicología femenina—, la mujer descansa en su centro propio, no se expande fuera de sí, rehusando perderse en los órdenes exteriores.

La mujer es el «ser humano».

Podemos considerar la vida como una dirección subjetiva hacia lo íntimo. Podemos también concebirla por su expresión en las cosas. En ambos casos, el individuo masculino parece caminar por dos sendas, en ninguna de las cuales le aguarda la mujer. En el primer caso, el hombre va arrastrado por lo puramente sensible—a di-

Digitized by Google

ferencia de la sexualidad femenina, más profunda, que, por no ser *affaire d'épiderme*, es también, en general, menos específicamente sensible—; tira de él la voluntad, el afán de dominar y absorber. Pero también arrastra al hombre la aspiración a lo espiritual, a la forma absoluta, a la saciedad de lo trascendente. El error fundamental de Schopenhauer acaso sea el haber creído que el sentido vital de este último afán consiste en la simple negación del primero; y no menos errónea es la idea contraria de Nietzsche que en toda pasión, por lo insensible y supraelemental, quiere rastrear tan sólo la voluntad elemental, de potencia y de vida. Semejantes unificaciones de ambas tendencias no me parecen tan sencillas y fáciles de establecer. Hay que detenerse en último término ante la polaridad—que, como tal, es también una especie de unidad—, ante la oposición de ambas direcciones interiores. Pero la mujer permanece encerrada en sí misma, su mundo gravita hacia el centro que le es propio. La mujer

Digitized by Google

está fuera de aquellas dos trayectorias excéntricas, la del deseo sensible y la de la forma trascendente. Por eso, dijérase con más justicia que ella es propiamente el «ser humano», puesto que mantiene su sustancia en los límites de la humanidad, mientras que el hombre es «mitad bestia, mitad ángel».

Relativismo del varón.

Y si ahora consideramos la relación con el objeto, veremos que la índole masculina estriba, por una parte, en reconocer la consistencia y legalidad propias de las cosas como algo esencial e importante. En este supuesto interior descansa todo el ideal de un posible conocimiento positivo y puro. Por otra parte, hay que agregar en el hombre el interés por configurar y transformar las cosas, con la voluntad decidida de que las cosas tengan el ser y la existencia que el espíritu les prescribe. La mujer, empero, el tipo de la feminidad, gravita fuera de

Digitized by Google

esa doble relación con las cosas. No es su tema el idealismo de la teoría pura; la teoría significa una relación con algo que justamente no está en relación con nosotros. La mujer no se interesa propiamente sino en aquello a que se siente unida, ya por hallarle una finalidad exterior o ético-altruísta, ya por atribuirle importancia para su salvación interna; dijérase que le falta esa impalpable comunicación en que se funda el puro interés objetivo. Y por lo que se refiere a la transformación de las cosas, la labor del hombre—desde el zapatero hasta el pintor y el poeta—es la determinación perfecta de la forma objetiva por la fuerza subjetiva, y representa también la integral objetivación del sujeto. Por tenaz y objetiva que sea la actividad de una mujer; por ricas y abundantes que manen sus influencias y sus «creaciones» dentro de su esfera; por fecundo que se manifieste su tino para templar una casa y hasta un círculo social en armonía con su propia personalidad, nunca puede ser femenina la produc-

Digitized by Google

ción, en el sentido de aquel compenetrarse del sujeto con el objeto y de aquella simultánea independencia sustantiva del sujeto con respecto al objeto. Conocer y crear son movimientos de relación; en ellos nuestro ser escapa, por decirlo así, fuera de sí mismo, cambia de centro, anula esa última oclusión esencial que caracteriza justamente el sentido vital del tipo femenino, a pesar de sus externas laboriosidades, a pesar de su dedicación a las tareas prácticas. La relación con las cosas es, en una u otra forma, una necesidad universal. Pero la mujer la practica sin abandonar, por decirlo así, la sustancia en que descansa. La mujer entra en relación con las cosas por un contacto, por una identidad más inmediata, más instintiva y, en cierto modo, más ingenua. La forma de su existencia no desemboca en esa separación particular del sujeto y el objeto, que recobra su síntesis posteriormente en las formas particulares del conocimiento y de la creación.

El hombre, pues, pensador, productor,

Digitized by Google

actor en el consenso social, es mucho más que la mujer, un ente de relatividad, a pesar del carácter absoluto que tienen sus contenidos espirituales y que precisamente su dualismo favorece. Por eso su sexualidad no se desenvuelve más que en la relación —deseada o cumplida—con la mujer. En cambio, la feminidad se halla más libre de necesidades en sentido profundo—aunque las capas superficiales aparezcan indigentes y demanden auxilio—. La mujer incluye en sí misma su sexualidad, una sexualidad, por decirlo así, sin distancia. Su esencia metafísica está sin duda íntimamente fundida con su esencia viviente; pero el sentido interno la distingue muy bien de todas las relaciones y medios en lo fisiológico, lo psicológico y lo social. Casi todos los estudios acerca de las mujeres nos dicen solamente lo que las mujeres son en su relación—real, ideal, estimativa—con el hombre. Ninguno inquiere lo que las mujeres son en sí mismas; lo cual se comprende fácilmente, pues las normas y exigencias masculinas no valen

Digitized by Google

como específicamente masculinas, sino como objetivas, provistas de un valor absoluto y universal. Y como lo que desde luego se inquiere es sólo esa relación, como la mujer es considerada esencialmente o exclusivamente en *esa relación*, resulta al fin que la mujer no es, en sí misma, *nada*—con lo cual se demuestra lo que ya se había supuesto al plantear el problema. Ciertamente, la pregunta absoluta «¿qué es la mujer en sí?» estaría mal planteada o mal contestada si al hacerla prescindiéramos de su feminidad. En efecto; la feminidad—y éste es el punto decisivo—no le sobreviene a la mujer con aquella relación, como si la mujer en sí misma fuese, por decirlo así, un ente sin color metafísico. La feminidad es, desde luego, su esencia, algo absoluto, algo que no se cierne como el absoluto masculino sobre la oposición de los sexos, sino—por de pronto—más allá de esa oposición.

La sustancia masculina tiene, pues, un aspecto formal que prepara su encumbramiento sobre sí misma para elevarla a una idea

Digitized by Google

y norma impersonal e incluso superior a la realidad. La escapada hacia fuera que caracteriza toda productividad, la relación continua con algo exterior a que el hombre se entrega, incluyéndose en amplias series reales e ideales, implica desde luego un dualismo, una fragmentación de la unidad vital en las formas del arriba y del abajo, del sujeto y del objeto, del juez y del reo, del medio y del fin.

La mujer, empero, a todas esas objetividades y superestructuras, a todas esas distancias entre lo subjetivo y lo objetivo, opone su unidad fundamental, una unidad que casi podríamos calificar de inmanente y trascendente a la vez. En esto se revela la típica tragedia de cada sexo.

La tragedia de los sexos.

La tragedia del hombre es la relación entre el producto finito y la exigencia infinita. Esta exigencia se manifiesta en dos sentidos.

Digitized by Google

Procede del yo, porque el yo quiere que todo salga de su propio fondo, quiere vivir y templarse en la creación, y en esta actividad su tendencia no reconoce límites. Procede, empero, también de la idea objetiva, que exige ser realizada y no acepta limitaciones, porque en cada obra reside la idea absoluta de una perfección. Mas, al encontrarse una frente a otra, estas dos infinidades, surgen continuos obstáculos. La energía subjetiva que brota del interior, sin conciencia de límite ni incluso de medida, tropieza con sus fronteras tan pronto como se encara con el mundo y quiere crear un objeto en él; porque toda creación es una transacción con las potencias del mundo, una resultante de lo que somos y de lo que las cosas son, y hasta la forma pura del pensamiento consiste en la limitación de la informe corriente espiritual por las necesidades de la lógica, de la evidencia, del idioma. Por su parte, también la idea de la obra padece limitación y angostura, porque sólo pueden llevarla a cabo fuerzas psíqui-

Digitized by Google

cas, fuerzas que al realizarse se tornan finitas. Esa mengua, esa perturbación y despedazamiento que sobrevienen a todas nuestras producciones residen en los supuestos mismos de la productividad; la estructura del alma y del mundo, condiciones de toda creación, inyectan en la creación misma un germen de discordia, y la exigencia inmanente de su infinitud va unida *a priori* con la imposibilidad inmanente de llenar esa exigencia. Ciertamente, es esta una tragedia general humana, por cuanto toda relación práctica, productiva, entre el ser humano y el mundo padece la misma irremediable dolencia. Pero el sexo masculino, que al establecer esa relación obedece a sus más hondas necesidades; el sexo masculino, para quien vivir en los objetos—los dados y los por crear—constituye el fondo y raíz propios; el sexo masculino encuentra esa tragedia en la esencia misma de su ser.

Frente a esa profunda necesidad interna, la tragedia típica del sexo femenino nace de su situación histórica, o, al menos, de las

Digitized by Google

capas más externas de su vida. Aquí no hay ese dualismo que separa las raíces de la existencia y produce esa tragedia, por decirlo así, autóctona. La mujer vive y siente su vida como un valor que descansa en sí mismo. La vida de la mujer condensa su sentido todo en su centro, hasta tal punto que aun la expresión de «fin en sí» parece demasiado analítica. La categoría de medio y fin, tan profundamente arraigada en la esencia masculina, no puede aplicarse a iguales profundidades de la esencia femenina. Y he aquí ahora la complicación. El destino histórico, social, fisiológico de esas existencias femeninas consiste justamente en ser tratadas y estimadas como medios y hasta en concebirse ellas mismas como medios: medios para el hombre, para la casa, para el niño. Dijérase que el destino de la mujer es más bien triste que trágico. Porque la tragedia aparece cuando el sino destructor, que se opone a la voluntad vital del sujeto, tiene su origen en un elemento último del sujeto mismo, en una capa pro-

Digitized by Google

funda de la voluntad vital misma. Pero las potencias exteriores, por terribles, angustiosas o destructoras que sean, pueden producir, sin duda, un destino infinitamente triste; nunca, empero, un destino propiamente trágico. Mas el caso de las mujeres es muy particular. Esa exclaustración, ese apartamiento de su profundo centralismo vital, para incluirse en una serie evolutiva y servirla y servir a su otro elemento, no es en la mujer una imposición violenta, absolutamente externa. Cierto es que no está fundada en el sentido metafísico de la vida femenina; pero su causa se halla en el hecho de que las mujeres vivan en un mundo y que en ese mundo haya «otro» con quien es inevitable entrar en relación, aunque esta tenga que quebrar la pura quietud del centro interior. El dualismo que provoca la tragedia típica de la mujer no procede, pues, de sus profundidades intrínsecas, de su esencia misma, como le sucede al hombre; origínase en el hecho meramente externo de que la esencia femenina tenga que

Digitized by Google

vivir inmersa en el mundo de la naturaleza y de la historia.

Esa tragedia, por decirlo así, natural arraiga sólo en la esencia del hombre; pues en la mujer, la naturalidad—si se me permite esta expresión algo confusa—constituye demasiado su esencia metafísica para desenvolver en ella el dualismo trágico. Acaso podamos expresar esto en los términos siguientes: el hombre puede, sin duda, vivir y morir por una idea; sin embargo, esa idea va siempre delante de él, esa idea es para él problema infinito y él permanece constantemente solitario en el sentido ideal. Para el hombre, la única forma de pensar y vivir una idea es referirse a ella, tenerla enfrente; por eso los hombres creen que las mujeres no son «capaces de ideas» (Goethe). Mas para la mujer, su esencia es inmediatamente una con la idea; la mujer, aunque en alguna ocasión el destino le imponga el aislamiento, no es nunca tan típicamente solitaria como el hombre; la mujer encuentra en sí misma su morada,

Digitized by Google

mientras que el hombre siempre busca la suya fuera.

El aburrimiento en los dos sexos.

Por eso, en general, los hombres se aburren más que las mujeres. En los hombres, el proceso vital no está tan orgánica, tan evidentemente enlazado con ciertos elevados valores como en las mujeres. Las ocupaciones más o menos grandes que la vida doméstica continuamente impone a la mujer la protegen contra el aburrimiento; y este hecho no es más que la realización externa, histórica, de una cualidad diferencial que tiene su asiento en lo profundo del alma femenina. El proceso vital posee para las mujeres—y esto guarda una conexión importante con lo que la naturaleza significa para ellas—otro sentido, otra índole, otra medida que para los hombres; el proceso vital femenino tiene una significación tal, que en él la vida y la «idea» se confunden por

Digitized by Google

modo muy particular. Los anatómicos han comprobado que la mujer permanece más próxima al niño que el hombre. Aun después de haber llegado a la cumbre de su vida corporal, la mujer se parece más al niño por las proporciones del esqueleto, por la distribución del tejido adiposo y muscular, por la conformación de la laringe. Y esta analogía no se limita a lo corpóreo: ha dado ocasión a Schopenhauer para deducir una consecuencia tan obvia como liviana: que «las mujeres son toda su vida niños grandes».

Proyectada sobre la perspectiva de la existencia espiritual (incluyendo los territorios fronterizos entre lo psíquico y lo físico), la juventud consiste sobre todo en sentir la vida como vida, como proceso, como realidad que fluye por un cauce; la juventud quiere desplegar las energías de la vida sólo porque son energías que aguardan impacientes la hora de dispararse. La vejez, en cambio, confiere a los contenidos de la vida una prerrogativa superior al puro pro-

Digitized by Google

ceso vital. Dijérase que las mujeres, en cierto sentido, han de vivir más que los hombres, han de tener una vida mejor abastecida, más surtida que los hombres, puesto que tiene que alcanzar también para el niño; lo cual no supone mayor cantidad de fuerza sobrante y perceptible desde fuera. En la mujer típicamente femenina sentimos que hay una preeminencia vital del proceso mismo, del vivir mismo sobre sus contenidos particulares, como ciencia, economía, etc.; una, por decirlo así, submersión en las profundidades de la vida como tal. Esta es la causa de que en las mujeres la idea, el contenido abtracto y normativo, separado idealmente de la vida misma—verdad, ley moral, belleza artística—, no alcance el grado de independencia y plenitud que alcanza en los hombres. El sentido, la fórmula de la existencia femenina no consienten que la idea se separe, se aisle para llevar una vida propia e independiente. Y aun esto mismo no es bastante decir. Cuando afirmamos que la mujer encuentra su sentido propio en su

Digitized by Google

proceso vital y no en los resultados de éste, empleamos una representación que no es totalmente adecuada; porque para ella—y en esto consiste la nota que la diferencia de la juventud en general—no se trata propiamente de la contraposición entre el proceso y el resultado o idea, sino que se trata de la vida misma, de una vida tan indiferenciada que no llega a bifurcarse en el dualismo de proceso y resultado. La vida y la idea permanecen aquí inmediatamente unidas, y sobre esta unidad asienta la mujer el valor de un mundo interno o un mundo de valores internos, que para el hombre sólo es posible en forma de distinción y separación. A esto se refiere, sin duda, la «falta de lógica» que universalmente se atribuye a las mujeres, y aunque en este reproche hay de seguro no poca superficialidad sospechosa, es tan general y extendido, que debe proceder de algún hecho real.

Digitized by Google

La «falta de lógica» en las mujeres.

La lógica representa en la esfera del conocimiento la más perfecta separación e independencia de lo normativo e ideal frente a la realidad viva, inmediata, del espíritu. El que se somete a la lógica se coloca, por decirlo así, ante el reino de la verdad y pliega su pensamiento efectivo a las exigencias de ese reino de lo verdadero. Pero si el pensamiento se desvía de la verdad, no por eso pierde su validez interna ni rebaja en lo más mínimo su pretensión dentro del curso de nuestro espíritu. Este carácter de las normas lógicas hace que la idea y la realidad de nuestro pensamiento estén en oposición aguda. El pensamiento efectivo no cumple de suyo, espontáneamente, las exigencias de la lógica, y, por otra parte, la idea, la verdad no ejercen tampoco una soberanía indiscutida. Semejante dualismo es

Digitized by Google

justamente lo más opuesto al principio femenino. El principio femenino, concebido en su pureza, está situado en el punto en que la realidad psicológica de nuestras manifestaciones y la idea o imperativo conviven indistintos aún, y no como simple mezcla, sino como inquebrantable unidad, como forma que tiene su sentido propio y peculiar y que vive con igual derecho que cada una de esas otras series separadas en el espíritu masculino. Sin duda, por definición, estas formas masculinas contrapuestas excluyen toda posibilidad de unión inmediata. Pero esto es cierto solamente para un nivel o estadio en que ya se hayan establecido las dos series divergentes. La mujer, empero, vive precisamente en una capa interior más profunda, en la cual dicha divergencia no se verifica. Tal es, al menos, el principio regulativo que constituye la orientación diferencial de la mujer. En cada caso particular, la distancia entre la lógica y la realidad espiritual penetra con mayor o menor claridad en la conciencia.

Digitized by Google

Por eso para la mujer resultan muchas veces incomprensibles los esfuerzos del hombre por hacer coincidir, en los múltiples aspectos de la vida objetiva, la idea con la realidad. La mujer posee inmediatamente en sí misma lo que para el hombre es un resultado de la abstracción, esto es, recomposición de elementos anteriormente separados. Lo que entonces llamamos instinto femenino no es otra cosa—aparte los análisis psicológicos que en cada caso puedan verificarse—que esa unidad inmediata de la fluencia espiritual con las normas y criterios que, como por separado, confieren al proceso vital su exactitud y precisión. Existe quizá un instinto que nace de las experiencias acumuladas por la especie y transmitidas por los agentes de la herencia física. Pero hay también otra clase de instinto, un instinto anterior a toda experiencia, un instinto en el cual los elementos psíquicos, que separados y diferenciados concurren a formar la experiencia, se conservan inseparados e indiferenciados aún; y el sentido de

Digitized by Google

verdad y acierto que en esta clase de instinto se manifiesta, proviene, sin duda, de la misteriosa concordancia—pronto nos ocuparemos de ella—que parece existir entre esa unidad profunda de la sustancia espiritual y la unidad del universo en general. En la primera forma del instinto, los elementos que integran la experiencia se han refundido de nuevo en unidad psíquica. En la segunda forma del instinto, esos elementos permanecen aún inseparados. Pero en ambos casos, falta la claridad consciente que por división y colisión sobreviene luego en esos elementos, llamados por Kant sensibilidad e intelecto.

Y es el caso admirable que, aunque son pocas las mujeres propiamente geniales, sin embargo, se ha observado con frecuencia que el genio tiene algo de feminidad. Sin duda se refiere esta semejanza no sólo a la creación de la obra, cuya inconsciente gestación, alimentada por la personalidad toda, guarda cierta analogía con el desarrollo del niño en el seno de la madre, sino también

Digitized by Google

a la unidad apriorística de la vida y la idea, a esa unidad en que reside la esencia femenina y que el genio repite en su grado máximo y productivo. Sobre la oscuridad de esa conexión metafísica, primera forma del instinto, que la actividad lógica consciente aspira a sustituir, a corregir, a asegurar, se adelanta el instinto femenino, la sapiencia inmediata de la mujer; y se comprende fácilmente que esta prelación sea tan frecuente como el acierto mismo y la exactitud.

Así, pues, esa que llamamos falta de lógica en las mujeres no es en modo alguno un fenómeno de deficiencia, sino la expresión negativa en que formulamos la índole femenina, constituída, en rigor, por muy positivas cualidades. Y esto justamente se repite en otro aspecto, que, por decirlo así, traslada a otra dimensión esa misma falta de lógica. Suele decirse que las mujeres no gustan de «demostrar». La lógica y la demostración se fundan sobre la oposición entre el curso real de nuestro pensamiento

Digitized by Google

y la verdad objetiva; la validez de la verdad no depende del curso efectivo del pensamiento, sino que el pensamiento se esfuerza por aprehender la verdad. En la lógica se expresa, como hemos dicho, el dualismo de esa relación, el hecho de que nosotros, con todo nuestro pensamiento efectivo, nos sentimos constreñidos a plegarnos a ciertas normas que no forman parte de nuestro pensar real, sino de un reino de la verdad sustentado en sí mismo. En la demostración, empero, aparece y vive otro rasgo, que es que en innumerables casos el pensamiento efectivo no puede alcanzar esa verdad sino *indirectamente*. El puro movimiento intelectual no suele llegar a la coincidencia con su objeto en el momento mismo de arrancar, sino después de haber recorrido un camino compuesto de etapas o estaciones más o menos numerosas. Esta condición y carácter de ser siempre camino, mediación y no contacto inmediato con la realidad es un hecho primario de nuestro conocimiento intelectual: no todas las demostraciones son indirectas, pero

Digitized by Google

sí todas constituyen un modo indirecto de llegar al objeto. Toda demostración, ya sea breve y sencilla, ya se componga de largas cadenas de razones, consiste en reducir algo nuevo y por el momento problemático a una verdad anterior firme y reconocida. La última verdad, empero, no puede ser demostrada, porque su demostración significaría que no es, en efecto, la última, sino que se sustenta ella también en otra más fundamental. Esta forma invariable de toda demostración es causa de que el discurso demostrativo sea inadecuado a la esencia femenina en su profundidad y relación metafísica con la realidad. En efecto, la esencia femenina descansa inmediatamente en lo fundamental, en el fundamento absoluto, de manera que en cada problema la mujer siente lo primario, lo indemostrable—que en cada caso puede ser o no plausible y racional—, y no necesita, no puede necesitar, por decirlo así, el rodeo de la demostración. Sumergido en la realidad universal, el instinto de la mujer habla como desde una identidad funda-

Digitized by Google

mental con los objetos, no necesita intermediario alguno. Dijérase que el conocimiento femenino tiene su residencia natural en esa última verdad a que todas las demostraciones se retrotraen y en la que todas están como contenidas en germen; de manera que la forma discursiva del camino, que es propia y peculiar de todos nuestros conocimientos demostrativos, resulta para la mujer superflua e ineficaz. Todas las insuficiencias del conocimiento derivadas de este modo de ser—ya que para nosotros los problemas cognoscitivos sólo pueden ser resueltos por vía discursiva y no por coincidencia del punto de partida con el de llegada—y el hecho tantas veces criticado de que las mujeres no gustan ni de demostrar ni de oír demostraciones, no constituyen, pues, por decirlo así, un defecto aislado, sino que arraigan en la índole fundamental del tipo femenino y su relación con la existencia en general.

Cada vez iremos comprendiendo mejor que la fórmula característica del ser feme-

Digitized by Google

nino, en su sentido metapsicológico, es ésta: la estructura subjetiva de la mujer tiene una significación puramente interna y permanece como encerrada dentro de los límites del alma, y esa su estructura interna entra en la relación inmediata o unión metafísica con la realidad universal, con algo que podríamos llamar el fondo mismo de las cosas. En esto es la mujer profundamente distinta del ser masculino. Para el hombre, la verdad, la realidad cósmica, la norma, residen allende los límites psicológicos en que se mueve su alma inmediata e inmanente; el hombre, en virtud de su estructura propia, considera esas cosas como algo que se halla *fuera y enfrente*, como algo que hay que conquistar —acaso también como algo inaccesible—, algo que manda o que constituye una empresa y tarea intelectual. Por eso la expresión espiritual del ser masculino es la lógica, que se funda en el dualismo entre el mundo psicológico real y un mundo ideal de la verdad sin contacto con el primero; y es también la demostración, que presupone el

Digitized by Google

conocimiento discursivo, la necesidad de un camino y un rodeo para alcanzar la verdad. En cambio, la mujer, con su unidad interior, no necesita de la lógica para nada y vive, por decirlo así, en las cosas mismas, en la verdad de la realidad; por lo tanto, le es indiferente también la demostración, que es la que a nosotros nos conduce por el camino discursivo hasta la realidad misma. En aquella aversión a la lógica manifiesta la mujer su forma inmanente: en este desdén de la demostración manifiesta su forma trascendente. Podríamos resumir esquemáticamente la esencia femenina, apurando su contraposición a la masculina, de la siguiente manera: en la mujer, justamente su inmanencia es su trascendencia.

La mujer y la ética.

La índole propia de la mujer, independiente de toda relación con lo masculino, se manifiesta con máxima plenitud y significa-

Digitized by Google

ción en el terreno de la moral. En la ética, el dualismo entre la realidad y la idea se abre ampliamente, y el imperio de lo moral parece sustentarse todo sobre ese abismo, sobre esa dualidad. Dijérase, por tanto, que para afrontar los problemas morales, los serios y profundos problemas de contraposición entre lo real y lo ideal, la fórmula masculina es la única adecuada. Por eso un pensador como Weininger, que lleva el dualismo masculino a su último extremo y sin la menor vacilación proclama el ideal masculino como ideal general de toda la humanidad, finca precisamente en la ética, y desde este punto de vista demuestra que la feminidad tiene un valor absolutamente negativo. Y procede en esto con perfecta lógica, porque para él la mujer no es mala ni moral, sino simplemente amoral, indiferente al problema ético. Pero hay que tener en cuenta que el dualismo entre el imperativo ético y los impulsos naturales no es la única base posible de una vida moral. Existen también esas almas que llamamos «almas bellas».

Digitized by Google

Para éstas, la acción moral no necesita producirse venciendo los obstáculos de las tendencias contrarias, sino que fluye espontánea de una propensión natural, ajena a todo conflicto con el deber. El «alma bella» vive una vida, por decirlo así, monorrítmica; desde luego, lo que quiere coincide con lo que debe, y lo que en este punto nos interesa es precisamente que en principio puedan existir tales almas, almas en donde la naturaleza personal y la idea extrapersonal formen una unidad metafísica que se revele en la armonía interior de las acciones voluntarias.

Dos pueden ser las vías conducentes a ello: la masculina, que consiste en reducir el dualismo a unidad, y la femenina, que es anterior a todo dualismo. Un carácter en el cual los impulsos naturales hostilicen al impulso moral; un carácter para quien el deber sea un penoso imperativo, duro de cumplir, puede llegar a esa unidad del alma bella mediante continuadas purificaciones y transformaciones. Cada victoria sobre sí mismo facilita la victoria siguiente; la lucha obs-

Digitized by Google

tinada y triunfante contra las tendencias inmorales acaba por debilitar, apagar estas tendencias; entonces las propensiones naturales se orientan espontáneameate en dirección a la moralidad. Y cuando esta transformación está por completo conseguida queda superado el dualismo primario y reducido a la unidad del alma bella. Pero la otra forma del alma bella no necesita superar ningún dualismo: posee ya la unidad como principio interior inmediato. En este caso, la unidad no es el premio de la lucha, no es la recompensa por haber reducido las tendencias contrarias, sino que, desde luego, la vida de la voluntad permanece indiferenciada y cobija la idea en el seno unitario de su espontaneidad.

Estas dos formas corresponden exactamente a las que antes hemos indicado cuando hablábamos del instinto de la exactitud teorética: una era el éxito creciente con que se establece la relación entre elementos separados; la otra era la unidad previa de esos elementos, la unidad anterior a toda

Google

separación y, por tanto, indiferente a toda relación. Ahora tenemos aquí el tipo ético que, entre todos los que pueden realizarse por hombres o por mujeres, corresponde mejor a la esencia femenina y se desarrolla más inmediatamente de la fórmula vital femenina. Más adelante explicaremos cómo esa profunda inmersión en sí mismas que caracteriza a las mujeres, esa vida femenina que mana de un manantial único, de un manantial que no se divide, como el de la vida masculina, en chorros varios y divergentes, tiene su última significación en la sospecha o en la certidumbre de la siguiente verdad metafísica: que esa esencia unitaria de la mujer es algo más que una realidad peculiar y personal, y que las mujeres, inmersas en el profundo ritmo de su interioridad, viven identificadas con la raíz misma de la vida universal. Aquí se expresa por el lado del deber, de la idea moral, la misma unidad que antes por el lado de la realidad, del conocimiento.

Digitized by Google

Dualismo del hombre, unidad de la mujer.

Con expresión harto parcial, podemos decir que el dualismo específico del hombre es el dualismo «entre el placer de los sentidos y la paz del alma». Pero la naturaleza femenina, por numerosas que sean sus complicaciones psicológicas e históricas, pone en lugar de ese dualismo una conducta interior armónica y unitaria que corresponde a la esencia profunda de la feminidad. Por de pronto, se ha observado que esa unidad subjetiva dominante de todos los procesos espirituales aparece con muchísima más frecuencia en las mujeres que en los hombres, y es en las mujeres más fundamental y más consciente; se trata de un modo de ser en que, por decirlo así, el sujeto se halla de acuerdo consigo mismo, en que la acción no se ve entorpecida por vacilaciones internas y fluye espontánea como brotan espontá-

Digitized by Google

neos las hojas y los frutos de un árbol; se trata de una esencia en la cual el sujeto es siempre como debe ser y obra siempre como debe obrar, con la conciencia, empero, de una libertad despreocupada, porque todas las corrientes vitales van de suyo en una misma dirección. Y lo decisivo en todo esto es que esa unidad inmanente de la vida subjetiva se percibe a sí misma como identidad con la idea moral y con lo que esta idea moral impone al sujeto. La ética dualista considera a las mujeres como seres de menor valía, porque actúan más ingenuamente y con la conciencia más limpia que el hombre. Esta apreciación se explica por el hecho de que en la mujer la realidad y el ideal permanecen inseparados, indistintos. Sin duda, esa íntima solidaridad para cuanto se refiere a la conducta, ese ser de una pieza no siempre da por resultado el cumplimiento de la idea moralmente válida, como tampoco la otra vía, la vía dualista del hombre, lleva siempre a la realización de la idea. La índole opuesta de la mujer

Digitized by Google

presenta sólo la forma del alma bella y no siempre realiza su contenido. Pero dondequiera que aparezca un tipo de ética femenina—y en manera alguna sucede esto en todas las mujeres, ya que entre el polo masculino y el polo femenino existen numerosos intermedios psicológicos—, la conducta fluye de esa unidad esencial, que es al mismo tiempo unidad con la idea. Lo específico en la moralidad de las mujeres consiste quizá en que el modo de ser femenino es subjetivamente más certero, pero objetivamente más peligroso que el masculino.

Con todo esto nos proponemos simplemente mostrar cuán profunda es la reclusión de la mujer en el seno de su realidad propia. La mujer rechaza todo cuanto está fuera de su ser. La mujer es feminidad absoluta, y lejos de recibir su esencia de su relación con el hombre, como suele creerse, la afirma independiente de toda relación. Así se explica que las mujeres, a pesar de su absolutismo interior, tengan que abandonar al principio masculino la tarea de fijar

Digitized by Google

y determinar el mundo objetivo, supraseXual, el mundo teorético y normativo que se contrapone al yo. No pretendemos con esto insinuar que las mujeres sean inferiores a los hombres. Para evitar hasta la sombra de semejante insinuación, hemos de insistir en que, en esencia, unos y los mismos *contenidos* espirituales y vitales pueden realizarse en *forma* masculina o en *forma* femenina, según que su síntesis se haya verificado de conformidad con este o aquel principio. Repitámoslo: la fundamental, la absoluta identidad entre el ser y el sexo de la mujer hace que la sexualidad, en el sentido corriente de relación con el hombre, sea para ella algo secundario—aunque esa relación pueda muchas veces convertirse en importantísima—. La sexualidad de relación es, en efecto, para la mujer la forma en que se manifiesta aquella otra sexualidad absoluta que ella prácticamente acoge íntegra en sí misma. De aquí resulta que todas las manifestaciones de la mujer, todas las exteriorizaciones y objetivaciones de su esencia aparecen, no

Digitized by Google

como humanas en el sentido general de esta palabra, sino como específicamente femeninas; mientras que las manifestaciones del hombre, al contraponerse a las de la mujer, adquieren un aspecto suprasexual y puramente objetivo. La unidad del ser con el sexo, característica del ser femenino, da a la mujer una orientación fija, que, saliendo de su intimidad, va hacia una cosa externa *determinada*. Esa orientación justamente falta en el hombre, y por eso el hombre tiende hacia lo general, y, por lo tanto, hacia lo objetivo, lo que trasciende del sujeto. Las relaciones de prepotencia histórica que han hecho de los productos masculinos los típicos representantes de la objetividad, avecindados en lo absoluto, lejos de todo contacto con la oposición sexual, no son sino modulaciones que realizan en los órdenes del tiempo la diferencia íntima entre los caracteres de ambos sexos. Esas distintas modalidades manifiestan la distinta forma en que el sexo influye sobre la esencia integral del hombre y de la mujer.

Digitized by Google

La mujer, género y la mujer, individuo.

Todo esto encuentra su expresión, por decirlo así, lógica en la mayor dificultad que experimentamos para definir, para fijar en conceptos la esencia masculina que la esencia femenina. Los caracteres genéricos de la humanidad—cada sexo es como una especie particular dentro del género humano—se confunden de tal manera con los propios del varón, que no hay modo de encontrar la diferencia específica; lo absolutamente general no se puede definir. Si a pesar de todo se citan algunos rasgos típicamente masculinos, pronto se advierte, al considerarlos con atención, que se trata en realidad de diferencias relativas a otros rasgos específicamente femeninos. En cambio, la esencia femenina no se define por simple oposición a la masculina; la feminidad se siente como algo que existe por sí,

Digitized by Google

algo que está en sí mismo determinado, una especie particular de humanidad que en modo alguno puede definirse por contraposición. Desde la brutal soberbia del ignorante hasta la especulación más sublime de la filosofía, la vieja opinión de que sólo los varones son propiamente hombres representa como el *pendant* lógico de esa mayor facilidad con que acertamos generalmente a definir la esencia femenina que la masculina. Por eso hay innumerables psicologías de la mujer y casi ninguna especial del varón. Y una vez más esa profunda diferencia de los sexos se halla confirmada por un fenómeno que aparece en las capas superficiales de la psicología: para el término medio de los hombres, el mismo interés tiene, aproximadamente, la modistilla que la princesa. Se comprende fácilmente que si en vez del tipo específico consideramos, en cambio, el individuo, ya entonces resultará inversamente más fácil definir y describir tal o cual hombre que tal o cual mujer. Esto obedece, sin duda, a que los conceptos de nuestra cultu-

Digitized by Google

ra, en virtud de la prerrogativa de los hombres, se orientan de preferencia hacia las tonalidades masculinas de los procesos psicológicos. Y aunque el género mujer es bastante importante para exigir que se elaboren conceptos capaces de determinarlo con precisión, la productividad del idioma no ha logrado penetrar en los caracteres individuales del sexo femenino. La descripción psicológica de las mujeres individuales tropieza con finísimos matices que eluden toda aprehensión; las mujeres mismas son incapaces de hacerse comprender íntegramente de los hombres. Pero hay de todo esto una razón todavía más profunda: la mujer individual es más difícil de definir que el hombre individual justamente porque el género mujer es más fácil de definir que el género hombre. Cuando el concepto general es sentido como algo particular, como algo diferencial y determinado, la individualidad, en cierto modo, resulta absorbida por la generalidad, se agota en la generalidad, no quedando entonces ni espacio ni interés para

Digitized by Google

una individualización posterior. Esta es la causa de muchos fenómenos particulares que expresan uno de los más profundos rasgos del sexo femenino; en la mujer mucho más que en el hombre, lo general vive bajo la forma de lo individual y personal. En la mujer típica y perfecta hay muchos rasgos específicos y propiamente impersonales que se convierten en algo personalísimo y brotan de la interioridad, como si salieran del núcleo único de la personalidad y aparecieran en el mundo por primera vez. Nada, sin duda, tiene un carácter más genérico que las relaciones eróticas. Pues bien; mientras que el hombre, en efecto, las siente y practica infinitas veces como algo general, la mujer, en cambio, dijérase que las considera como un destino personalísimo, no como un acontecimiento específico que en ella se verifica, sino como su más propia productividad interior. Y lo mismo le sucede en su relación con el niño, antes y después del alumbramiento, en esa relación la más típica de todas y tan profundamente arraigada

Digitized by Google

en lo infrahumano. Para la mujer, empero, esa relación se verifica en las capas más hondas del alma, en esa región totalmente impersonal que hace de ella una simple estación de paso en la evolución de la especie, y crece luego arrancando del centro en donde todas las energías de su esencia se han condensado en su personalidad.

Por último: la moralidad, que no es sino la forma de la vida social, la conducta que la sociedad ha impuesto para su propia conservación, parece como si brotase del instinto peculiar de la naturaleza femenina. La mujer «aspira hacia las buenas costumbres»*, que muchas veces la inquietud del hombre obstaculiza. La moralidad es en la mujer algo así como la piel de la sustancia femenina. La libertad que muchas veces sólo encuentra el hombre fuera de la conducta moral, encuéntrala la mujer en sí misma—concedemos todas las excepciones particulares de este modo de ser típico e histórico—; pues libertad quiere decir que la ley de

* Goethe.

Digitized by Google

nuestras acciones es la expresión fiel de nuestra naturaleza propia. Estas encarnaciones de lo general en lo personal explican por qué la feminidad puede definirse como especie, mientras que elude fácilmente toda definición como individuo. En cambio, cuando una esencia es tan absolutamente general como la esencia masculina—hasta el punto de que el varón como tal se ha convertido en sinónimo histórico de lo humano—, entonces su concreción en los individuos resulta más fácil de fijar porque le queda mayor espacio para destacarse, Así, pues, *la* mujer es más fácil de definir que *el* hombre; pero *una* mujer es más difícil de definir que *un* hombre. Y esta diferencia misma aparece como expresión de cierta relatividad fundamental que incluye el caso de los sexos en un tipo infinitamente más amplio de espiritualidad y metafísica humanas; en efecto, la contrapuesta determinación en que los sexos se nos ofrecen pierde su equilibrio en el sentido de que el hombre asciende a la categoría de lo absoluto,

Digitized by Google

dominando así toda la relación de la cual es también miembro.

La maternidad.

He dicho antes que ese encumbramiento de una de las partes sobre la totalidad de la relación bipartita no suele ser privilegio constante de un mismo lado. Los distintos partidos o actitudes dan un sentido absoluto ora a uno, ora a otro de los dos términos relativos. La función peculiar del espíritu frente a los contenidos cósmicos se caracteriza porque todo elemento absoluto puede ser en cierto modo considerado como relativo, esto es, como determinado por relación a otro; y a su vez, todo elemento relativo puede encumbrarse sobre su relación y convertirse en absoluto y por sí. Así, el principio masculino y de igual modo el femenino adoptan alternativamente, como hemos visto, una posición independiente de esa relatividad que, a primera vista, da a ambos su sentido. Y el principio femenino la adop-

Digitized by Google

ta, no sólo por indiferencia a la existencia del masculino, no sólo por indiferencia a su relación con el hombre, como aparece por lo que llevamos dicho, sino más aún, la adopta encumbrándose positivamente por encima del complejo diferencial que comprende los dos sexos. El hombre, sin duda, se eleva a tal altura sobre la contraposición de los sexos, que hasta las normas objetivas poseen carácter masculino; y hemos visto que esas al parecer simples violencias históricas por parte del hombre, tienen en el fondo su germen primario en la estructura misma del espíritu masculino. Pero la mujer también gravita por encima de la contraposición sexual, porque su esencia vive y se alimenta inmediatamente en el manantial de donde fluyen los dos extremos de la relación. Si el hombre es, pues, más que varón, la mujer es también más que hembra, porque representa la base general que en sustancia y génesis comprende los dos sexos, porque la mujer es la madre. En el hombre, lo absoluto se cualifica en el sen-

Digitized by Google

tido del objeto suprasexual, que es masculino; en la mujer, lo absoluto se cualifica en el sentido del fundamento suprasexual, que es femenino. Allí, el hacer y el producir prescriben el dualismo como forma en que el hombre trasciende de *sí*; el dualismo es específicamente masculino. Aquí, el ser prescribe la unidad como forma en que los humanos, en cierto modo, se sumergen en *sí* mismos, en la indistinta posibilidad de toda ulterior evolución. Sin duda, ese ser no es algo incoloro: es el ser femenino. Pero sus capas más profundas eluden toda relación que pudiera determinarlas por contraposición al hombre. Así, la feminidad, cuya primera e inmediata manifestación es la maternidad, aparece como algo absoluto, como algo que sirve de base a la vez a lo que luego va a ser, en el sentido relativo, varón o hembra.

Y aquí es donde adquiere todo su valor una hipótesis metafísica que, aunque indemostrable, serpentea por toda la historia del espíritu humano en forma de vislumbre, de

Digitized by Google

sentimiento, de especulación: que el hombre, cuanto más hondo se sumerge en su propio ser, cuanto más puramente se abandona a su propia esencia, tanto más se acerca a la realidad, a la unidad cósmica, y tanto más perfectamente revela y expresa el universo. De esta convicción se ha alimentado la mística de todas las edades. Pero no sólo la mística. En las imágenes cósmicas, mucho más claras y tan opuestas, de Kant y Schleiermacher, de Goethe y Schopenhauer, alienta también esa misma convicción, unas veces patente, otras veces oculta, en variadísimas conjugaciones. El sentimiento místico peculiar que ha caracterizado siempre cierta actitud típica ante las mujeres, encuentra aquí quizás un fundamento comprensible. Obedece, sin duda, a la conciencia oscura de que las mujeres viven más plenamente, más íntegramente sumergidas en su propio ser que los hombres; de que las inquietudes del producir, del actuar, del enfrontarse con las cosas y con la vida hacen menos mella en el fondo sustancial del ser

Digitized by Google

femenino; de que, recluídas en las cámaras más internas de su ser, las mujeres permanecen más que los hombres inconmovibles y firmes—y de que, por lo tanto, la raíz de la feminidad es al propio tiempo el fundamento de la existencia cósmica, la unidad recóndita e incógnita de la vida y el universo. Por virtud de su más genuina esencia, la mujer —cuando no la desvían violencias y necesidades históricas, influjos derivados de la *relación* con el hombre—vive de su propio fondo. Esto, empero, no significaría gran cosa si ese su fondo propio no fuera al mismo tiempo, en cierto modo, el fondo de la realidad. La maternidad es la que establece el lazo de unión; mas la maternidad desenvuelve en la forma del tiempo y de la vida material algo que es en sí una postrera unidad metafísica. Y si en vez del concepto metafísico de ser empleamos el concepto más psicológico, o si se quiere formal, de existencia o vida reclusa, no haremos sino presentar, por decirlo así, con distinta envoltura el mismo contenido. Aunque el hombre, la cultura

Digitized by Google

y el destino arrastren a la mujer por la vía del típico dualismo masculino, sin embargo, el hombre mismo, desde su esencia dualista, comprende que la mujer tiene una sustancia más cerrada, es decir, que los elementos del ser femenino no se hostilizan, sino que forman una unidad fundamental, núcleo y base de todo lo particular, una unidad sin nombre que se manifiesta como conexión inmediata de asociaciones. Y es lo más admirable que esa existencia cerrada y reclusa contiene, sin embargo, la más enérgica alusión simbólica y metafísica a la totalidad del universo exterior, del cual ella misma es un elemento. Así como la obra de arte, dentro de los infranqueables límites de su marco, se separa de la dispersión innumerable de las cosas y por ello precisamente se convierte en un símbolo de la existencia, así la mujer representa frente al hombre una unidad total engarzada en la pluralidad de la vida multiforme. No es solamente por decencia externa por lo que la mujer evita los movimientos de enérgica aprensión, las

Digitized by Google

palabras agresivas, el disparo impulsivo, irreflexivo de la actividad. La omisión de todas esas manifestaciones centrífugas de largo alcance, la contención y sobriedad de la persona han llegado a ser la forma típica de la conducta femenina justamente porque constituyen la expresión histórica de esa *naturaleza reclusa* de la mujer, de esa esencia profunda y general que sirve de fondo a todos sus estados psicológicos particulares. Por eso el modo de ser femenino guarda con la totalidad del universo una relación, oscuramente sentida, que ocasiona a veces las más extrañas reacciones. La obra de arte, aunque es una parte de la realidad, nos aparece, sin embargo, tan conclusa y encerrada en sí, que representa como un contrapolo de la realidad y alude a un fondo metafísico inefable que sustenta la igualdad de forma. Sin duda, esa misma reclusión y unidad esencial es la que ha puesto siempre sobre la mujer una aureola de simbolismo cósmico—como si la sustancia femenina, trascendiendo de toda

Digitized by Google

palpable singularidad, estuviese en relación directa con el fondo universal de las cosas.

Adoración y temor de la mujer.

A pesar de los desprecios y malos tratos, las mujeres, desde los tiempos primitivos, han sido objeto siempre de un sentimiento peculiar: el sentimiento de que no son sólo mujeres, es decir, entes correlativos del hombre, sino algo más todavía; y que en tal sentido deben de tener comercio con las potencias ocultas, deben de ser sibilas o brujas, seres, en suma, capaces de transmitir las bendiciones o las maldiciones de los abscónditos senos cósmicos; seres, por tanto, que debemos reverenciar místicamente, evitar cuidadosamente o maldecir como a demonios. Ninguna de estas brutalidades o poéticas transfiguraciones se funda en una propiedad o actividad de la mujer; y aunque, sin duda alguna, todas ellas se refieren a un motivo profundo y uniforme, no hay

Digitized by Google

medio de descubrirlo y denominarlo históricamente. Dijérase más bien que un ser tan profundamente sumergido en su esencia indiferenciada, un ser tan poco propicio a trascender de sí mismo como la mujer, ha producido siempre la impresión de hallarse en la proximidad inmediata de los hontanares metafísicos, en una especie de identidad con el fondo universal de las cosas, que unos conciben como raíz primaria de la naturaleza, otros como realidad mística sobrenatural, otros como elemento metafísico en sentido puro. La feminidad, en su valor absoluto, sumerge a la mujer en la unidad de lo real; en cambio, la masculinidad absoluta aparta al hombre de la realidad y lo empuja hacia la idea. Los hábitos intelectuales vigentes—ya se refieran a la realidad en relación asimptótica o en relación simbólica—nos obligan a concebir la diversidad, el movimiento, la uniformidad como resultantes de una unidad fundamental, por decirlo así, inmóvil; de una unidad que, en el hombre, se resuelve en las típicas mani-

Digitized by Google

festaciones y formas dualistas, diferenciales, mientras que en la mujer se conserva como única sustancia sensible—como si en cada nueva maternidad repitiese la mujer el proceso que, de los oscuros senos indistintos de la existencia, extrae las particularidades y movilidades para repartirlas en la forma individual.

Los dos absolutos.

Puede decirse, por lo tanto, que cuanto más hondamente femenina es una mujer, en este sentido absoluto, menos femenina es en el sentido relativo, en el sentido diferencial orientado hacia el hombre. Y otro tanto le sucede al hombre, aunque la expresión resulta paradójica. En efecto, lo típicamente masculino consiste en edificar sobre la vida subjetiva y, por decirlo así, monorrítmica, un mundo de objetividades y de normas desde las cuales la existencia de los sexos aparece como contingente y accidental; por lo tanto, un hombre será tanto menos varón

Digitized by Google

—en el sentido de la relatividad sexual— cuanto más hombre sea en el otro sentido absoluto de la producción masculina. En la peculiaridad propia de cada sexo palpita una de las dos significaciones del concepto de «lo general»: lo general como abstracción posterior a las cosas singulares, y lo general como uniformidad sustancial que precede a toda separación de las cosas singulares. No propendo a encajonar la vida en moldes sistemáticos y simétricos. Pero si se quiere obtener, por de pronto, una imagen de la estructura anatómica de la realidad viviente (justamente los esqueletos ostentan esa simetría esquemática, que luego los procesos fisiológicos complican en las infinitas conjugaciones de la vida plena, irreductible ya a simples equivalencias), podemos decir que la relación de los sexos, la relación que confiere a cada sexo su propia peculiar índole, está en esa doble acepción de lo absoluto. Por una parte, lo absoluto masculino, que es más que masculino, significa la objetividad, la altitud normativa sobre toda subjetividad y

Digitized by Google

oposición, altura que sólo se escala por la vía del dualismo; por otra parte, lo absoluto femenino, inmóvil en su reclusión sustancial, constituye la unidad del ser humano antes, por decirlo así, de la distinción entre el sujeto y el objeto.

Digitized by Google

INDICE

Digitized by Google

Digitized by Google

Págs.

Filosofía de la coquetería 7
Filosofía de la moda 59
Lo masculino y lo femenino. 131

Digitized by Google

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA QUINTA EDICIÓN DE ESTE LIBRO, EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA VIUDA DE GALO SÁEZ, MESÓN DE PAÑOS, 6, MADRID, EL DÍA 31 DE ENERO DE 1945

Precio: 12 pesetas.